



A la
Biblioteca de la Facultad
de E. Secundaria y Preparatoria

EBUPE

EL CASTILLO INTERIOR

9-H
EMILIO ORIBE

EL CASTILLO INTERIOR

(POESÍAS)

- I. — ODAS MÍSTICAS Y PAGANAS
- II. — LOS VASOS DEL MILAGRO
- III. — EL HUMANO CANTAR

CARTA ABIERTA

DE

ANGEL FALCO



(PRIMERA EDICIÓN)

MONTEVIDEO

Imprenta y Casa editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo, 483

9-H
EMILIO ORIBE

EL CASTILLO INTERIOR

(POESÍAS)

- I. — ODAS MÍSTICAS Y PAGANAS
- II. — LOS VASOS DEL MILAGRO
- III. — EL HUMANO CANTAR

CARTA ABIERTA

DE

ANGEL FALCO



(PRIMERA EDICIÓN)

MONTEVIDEO

Imprenta y Casa editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo, 485

FRENTE AL PÓRTICO DE MÁRMOL
POR DONDE
JOSÉ ENRIQUE RODÓ
ENTRÓ A LA INMORTALIDAD

1 1551

CARTA A UN POETA ⁽¹⁾

Sr. D. Emilio Oribe.

Mi joven amigo:

Gracias por sus bellos versos. Hace tiempo que no me era dado escuchar acentos tan hondos y bien armonizados en la lírica nuestra, tan venida a menos . . .

Desde la aparición de su primer libro *Alucinaciones de Belleza* (que según veo le han valido las congratulaciones de Mistral, el maravilloso numen de Provenza), yo tenía contraído conmigo mismo el compromiso de dedicar a la obra y a la personalidad de usted un detenido estudio,

Las sollicitaciones premiosas de la vida, y una suerte de cansancio espiritual del que todavía estoy convalesciente bajo la cura del silencio, han debido aplazar para días mejores y más claros la realización de este deseo y de esta promesa.

Ahora, en vísperas de alejarme de mi país, por largo tiempo, no quiero quedar en deuda con usted y conmigo, siquiera sea cumpliendo en parte dicho compromiso. Las deudas morales o espirituales son las únicas que urge pagar . . .

Es así que requiero mi amojosada pluma y me pongo a escribir estas cuartillas preliminares, bajo la fresca impresión de la lectura de su libro, sin perjuicio de reservarle un más extenso estudio que sea digno de usted y de su obra, en cierto volumen que tengo escrito hace ya largo tiempo sobre letras y autores de América.

(1) Revista *Proteo*. — N.º 5. — Buenos Aires 1916.

Todo será hecho, con la gracia de Apolo, a su debida hora, si el Hado adverso no se opone . . . En los repetidos golpes que me he pegado contra la Vida, aprendí a no tener prisa y a dar a cada cosa su tiempo. La ciencia de saber esperar es una de las más arduas para ciertos temperamentos; yo la he aprendido quizás un poco tarde . . . Pero volvamos a más amables temas. Lo cierto es que yo veo en usted una fuerte esperanza de salud y de renovación para la lirica nacional sobada y manoseada por tantos partiquines y snobs, de última hora, como andan por allí . . . Ya se apartaba usted en sus primeras composiciones de esa pseudo-poesía a base de caramelo o vaselina, tan grata a las musas andróginas de moda, buscando su inspiración en fuentes más hondas de belleza espontánea y sincera, la única digna de los sagrados ritos.

Huye usted, como corresponde a un verdadero vástago del linaje apolonida, de esa lirica mediocre y bastarda tan propia de los versificadores en uso, empaquetados en la trivialidad ambiente, fabricantes de líneas cortas con receta y diccionario, que quieren pasar por galantes y no tienen de la hidalga y noble cortesanía más que el remedo servil; que quisieran coronarse con la diadema de pámpanos dionisiacos, y no logran del sano sensualismo poético, sino la exasperación onanista de los sentidos vulgares. Usted sabe solazarse en los bellos amores, poniéndose frente a frente con el enigma de la vida, y asomándose con ojos comprensivos al alma de las cosas profundas y de las verdades eternas. Usted busca y encuentra en los jardines sagrados la escondida senda oculta siempre a los pobres de espíritu y a los cazadores furtivos de la Belleza que perturban con sus pasos profanos el divino silencio de los bosques de Apolo. Usted ha puesto su corazón sobre el propio del mundo, y porque sabe escuchar sus misteriosos latidos puede traducir esos ritmos arcanos, al lenguaje de los hombres en versos cabales y elocuentes.

En este segundo libro suyo *Letanías Extrañas* afirma y confirma usted su personalidad, asegurando en sus jóvenes hombros la púrpura sagrada que es augusta investidura de los elegidos.

Hay versos melancólicos, serenos, bravíos, guerreros, amatorios, sensuales, « toda la gama », todo el iris y « toda la lira ». pero sobre todo

priman en ellos los versos varoniles y musculosos, como corresponde a la envergadura máscula de nuestra joven raza de América.

Ha sentido usted con la comprensión de un clarovidente, de un iluminado, que la misión de la santa poesía es algo superior a esa trivial ocupación de escribir para las niñas más o menos cursis y sentimentaloides, bastardeando el divino ministerio del poeta en trovar con rimas balbucientes las cosas subalternas de la vida: pompas de jabón, mate dulce y papel pintado.

Porque a eso ha venido a parar en estos últimos años, la acción de los poetas menores, tan sobrados de vanidad como ayunos de talento.

Hace tiempo que en nuestro medio las nueve hermanas sagradas, en estado de indigencia claudicante, no sirven sino como admirables celestinas de fáciles amores, como elocuentes cortesanas de los poderosos, o como hermanas auxiliadoras del éxito, en cuyos hombros se puede afirmar el paso hacia las cómodas posiciones oficiales.

Me place ver a usted, mi joven amigo, como contraste de luz en este escenario lleno de penumbras hostiles, mantener erguido su noble pendón de Caballero por Nuestra Señora Poesía, flameando a todos los vientos sobre esta turba mendicante, en medio de este ambiente donde se mueve en tumulto la gris mediocridad consagrada por un convencionalismo casi unánime. Dura y áspera será la senda de su peregrinaje, por lo mismo que es usted uno de los Elegidos; dura y áspera en relación directa a sus dotes excepcionales. Porque en pocas partes del mundo se realiza como aquí, en el alma colectiva, de modo tan natural, casi diríamos instintivo, la selección al revés de todos los valores morales e intelectuales. A menores méritos mayores probabilidades de éxito; la carencia absoluta de esos valores, o su impúdica simulación suelen ser casi siempre las más saneadas ejecutorias. Nuestro país es admirable campo de acción para todos los arrivismos inferiores y para todas las osadías bastardas siempre que vengan en compañía de las despreciables dotes de la adulación y del servilismo sin escrúpulos.

No existe entre nosotros, ni opinión pública ni verdadera sanción moral que discierna prestigios y pueda dar a cada uno lo suyo. La desvergüenza se llama audacia entre nosotros; el incondicionalismo se

denomina consecuencia, como suelen decirse «vivezas» a las habilidades delincuentes del tahir. Por eso en esta subversión general, enfermedad aguda del país, la hombría de bien, suele ser falta de adaptación y al orgullo rebelde se le apellida despecho.

He aquí el escenario donde le tocará actuar; no es muy halagüeña perspectiva, como usted ve; pero usted tiene la bella juventud y el talento, y con esa ayuda bien se puede esperar.

Cuando se tiene el mundo interior iluminado como un palacio de fiesta, se puede vivir aguardando la visita de los Reyes peregrinos, sea cual sea el nombre que lleven y el camino que elijan en su peregrinaje; el alma está pronta siempre para llamarlos por su nombre exacto, sin temor a equivocarse.

Es que entonces se vive en estado de gracia para comparecer en todo momento a la presencia divina.

Lo triste y lo irremediable es la espera sin esperanza; el ojeo en las sombras, cuando éstas han apagado ya sobre nosotros todas las estrellas, una a una, y no se alcanza a ver en el cielo mudo y ciego, y sordo, aquella que puede ser la nuestra, la capaz de abrirse en sol y florecer en luminosas amaneceres. . .

Acaso mi visión sea demasiado sombría; tal vez mi alma cargue las tintas del espejismo con las proyecciones de sus propios duelos, absolutamente personales; en todo caso, mi buen amigo, no quisiera quitar a usted su joven esperanza, la que usted tiene sin duda, la que usted «debe tener». Matar una ilusión es a veces más cruel que matar a un hombre, y va más delito en ello, pues a menudo arrancar un ensueño equivale a malograr una vida para siempre.

Nadie tiene derecho a tanto, por más bien aconsejado que se halle en la experiencia y el infortunio. Por otra parte, ninguno de nosotros se resigna a conocer los caminos ignorados a través de las almas de los que antes emprendieron la marcha. Y es bueno y es bello que así sea.

Queremos experimentar en carne propia, y cansar nuestros propios pies sobre el camino de la incertidumbre, que en los comienzos del viaje está siempre alumbrado de espejismos y resplandores de amanecer. Pero

los que nos hemos desangrado en el áspero viaje, tenemos hacia los que vienen tras nuestro el deber fraterno de encender siquiera algunos fanales rojos sobre los puntos de mayor peligro, sin echar por ello el hielo de nuestra decepción, la nieve de nuestras canas sobre el fuego de los jóvenes espíritus que ensayan briosamente la desmesurada aventura.

Es usted joven, fuerte y animoso; al fin y al cabo encontrará usted menos hostil este ambiente, cuando le llegue su tiempo, y si no le quedará todavía la solución de buscar oportunamente nuevos horizontes donde ensayar el prestigio de sus alas . . .

«Las aves cantan para su floresta», pero cuando se deshace el nido y la floresta se llena de sombra, y el viento aciago agosta las flores para dejar más espacio a la maleza, entonces las aves, con sabio instinto, van a buscar en otras tierras al sol que enciende el milagro del canto en la garganta, el canto a cuyos ritmos se feje el nido y se alegran las faenas de los sembradores.

Nuestro bosque charrúa, no es propicio al canto; los más privilegiados cantores de la selva indígena, mueren o se van; sólo los gorriones importados o los que imitan sus vanas greguerías, se multiplican admirablemente.

Aquí las almas superiores que no emprenden el vuelo en la hora oportuna, enmudecen en el silencio o se extinguen en doradas jaulas, cantando, de tiempo en tiempo, los balbucientes ritmos del ruiseñor prisionero.

Es aquí donde se sufre la verdadera e íntima nostalgia del artista, la más dolorosa de todas, en la propia patria, sintiéndose cada vez más extranjero entre las gentes que viven a nuestro lado, porque se siente que no es la patria natural, la patria que se constituye el espíritu sobre todas las fronteras convencionales.

Porque en nuestro país, fuera de las claudicaciones corrientes, sólo tenemos el ejemplo de los grandes infortunios. Los más excelsos artistas son plantas exóticas en el medio nuestro; no las salvan siquiera los cuidados del invernáculo. La mediocridad rampante que es dueña, sorprendida de encontrarlos en sus dominios naturales, los extirpa como a un peligro.

Así desaparecen de nuestro escenario prematuramente, los más bellos y originales espíritus, arrebatados unos por la tragedia, lapidados otros por el silencio hostil, todos sobre la misma senda de amargura.

Todos nos « vamos », unos hacia la luz, otros hacia la sombra, para naufragar todos en el inmenso Enigma . . .

A ninguna tierra podría adaptarse mejor la sentencia de Marquina : « Esta es Castilla la tierra, que hace sus hijos y los gasta ».

« Anochece un poco antes de ponerse el sol », como me escribía hace pocos meses en una sentida epístola, Carlos Roxlo, el admirable maestro que también se ha ido hacia extrañas tierras, que no por ser extrañas lo son más que la propia, herido por la injusticia de los suyos . . .

Pero anochece prematuramente, no porque venga la sombra en la rotación natural de la vida y del tiempo, sino porque se vive en la hondonada, en terreno chato y mezquino, hospedaje preferido de las sombras cuando invaden al mundo, sublevadas contra el sol . . .

¿Rebelarse? ¿Para qué? A las veces la rebeldía es aun una adaptación al medio que repugna . . .

Usted que entra a la vida, a luchar y a vencer, con todos los bríos púgiles de sus años mozos, no puede saber, no « debe » saber que alguna vez el orgullo cierra a los ánimos más esforzados el palenque del combate, porque la lucha de pequeñeces, con adversarios subalternos a quienes no puede concederse beligerancia, es indigna de las almas superiores.

Pero ya lo dijo el divino Emerson, mi filósofo de cabecera : « Todo en la vida es rudo aprendizaje ; no dudes, ¡ oh poeta ! pero persiste » . Al fin el tiempo se encarga de oscurecer los oros falsos de las preseas de ocasión, y al fin los brillantes de laboratorio, extinguido su brillo fugaz, no sirven siquiera de carbones para animar un instante el fuego del hogar. Y es entonces que fulgura más glorioso y preclaro que nunca el brillante vino y el oro puro a la luz de las almas.

Usted, amigo Oribe, posee todas las aptitudes de los predestinados al triunfo ; hasta el silencio, que es el buen hermano de la buena esperanza. Su Musa desciende a la arena de los Juegos Florales, armada de todas armas como la Patrona de la Grecia fuerte y gentil surgía del cerebro del padre de los dioses.

Lo veo trabajando sin prisa en el silencio, preparando su vida con el amor con que se prepara una obra maestra. Sigue usted una noble carrera, indiferente al bullicio vulgar y a las algaradas políticas donde se malogran las más bellas energías de nuestra juventud, donde se afloja el carácter y se plebeyiza el espíritu. No forma usted parte de ningún cenáculo ni capilla literaria ni pertenece a ninguna logia de los turiferarios en boga, que cuando no inciensan a quien puede darles un mendrugo de pan o de renombre, se dedican a « sobarse » entre ellos, repartiéndose honores y títulos inofensivos.

Su carrera que terminará en breve, ha de poner a usted en condiciones de asegurarle esa bella independencia, que es el más precioso don de la vida; y así, a cubierto de toda contingencia adversa podrá desenvolver sus actividades artísticas y hacer realidad de sus ensueños, más feliz que tantos ingenuos como andamos por allí, que creímos poder entregarnos por entero a la obra intelectual, engañados por aquello de la Atenas del Plata, que es una de las tantas mentiras convencionales de nuestro patriotismo.

En todo eso revela usted su buen sentido, tan distinto del sentido común, aunque se les confunde con demasiada frecuencia.

No entraré a analizar las diversas composiciones de su nuevo y hermoso libro *Letanías Extrañas*, dejando esa grata labor para mejor ocasión; sólo he de decir que todas sus poesías, me han dejado una amabilísima sensación de belleza, fresca y viviente.

Su numen no se empaqueta de frac para hacer reverencias simiescas en los salones, ni se viste de andrajos para andar entre las muchedumbres, cuyos amores suelen herir a veces tanto como sus odios. Prefiere usted que vaya desnudo con el sereno impudor del salvaje, con la divina desnudez de las estatuas y de los dioses. . .

¿De qué ha de tener pudor la luz? ¿De qué las ideas y los sentimientos, cuando son nobles y sinceros?

Sólo el decadente bizantinismo pone vestiduras a la belleza en las manifestaciones del arte.

Las Venus sagradas, que interpretan de tan sublime forma la gracia de la antigüedad luminosa, no tienen ni aun necesidad de brazos para

defender su misterio divino que se escuda en el milagro de su propia desnudez; sólo a un ser monstruosamente degenerado, podría ocurrírsele la violación de las estatuas. . .

Usted ha encontrado, a mi entender, la verdadera senda que va a los bosques sagrados de nuestra virgen América, donde se han refugiado los viejos dioses lares huyendo del tumulto sacrilego de las armas, y de la locura iconoclasta que envuelve al antiguo mundo en la más horrible tragedia que jamás presenciaran ojos humanos. . .

Veo con placer que no se ha dejado arrastrar por el snobismo insustancial de los pajes de la Poesía, que han querido convertir en juego pueril lo que es investidura sagrada y oficio divino.

Es necesario imponer en América esa poesía máscula, cuyos ritmos sean dignos de adaptarse a la marcha triunfal de nuestra raza. Deje usted que los poetas menores más asequibles a la medianía ambiente, monopolicen otros precarios laureles.

Un premio más noble y más alto está reservado a los verdaderos poetas, a los apolonidas máximos de la extirpe, cuando los hombres sean dignos de escuchar esa voz ahogada en los tiempos que corremos, por el tumulto de los mercaderes. Porque el mercado es el capitolio de las ciudades nuestras que no han salido aún de su condición de factoría y de campamento.

Una suprema inadaptabilidad debe acompañar al Poeta que se sabe vivir en la Eternidad, en comunión con las cosas universales. El camino es áspero sin duda, semejante a una calle de amargura, pero es necesario recorrerlo sin prisa, recogiendo todas las impresiones del viaje, y tratando de hacer que florezcan las espinas, las espinas que a menudo no son otra cosa que flores malogradas. . .

Así se puede llegar a la divina serenidad, porque cuando no haya en el mundo que nos rodea un lugar de refugio amigo, todavía al encerrarnos en nuestro mundo interior, todavía podremos amar nuestros propios dolores, que son la más profunda y generosa fuente de fortaleza y orgullo.

He leído alguna vez, cierta dulce balada de tristeza. Una reina bella y buena, como lo son siempre las reinas en los cuentos, había recibido

de su Hada madrina, como don supremo, el orgullo, que es el blasón de las almas preclaras . . .

Esa reina hermosa y orgullosa, temiendo que el mundo asistiere al derrumbe paulatino e irremediable de su belleza, que esplendía como una gloria real, se retiró altivamente en el límite angustioso de la juventud, a un castillo solitario situado en los lindes más lejanos de su reino; y allí vivió toda su vida, servida por vasallos ciegos y asistida por una nodriza anciana que la había cuidado de niña, que la amaba como una madre y la adoraba como a una diosa.

El amor y el culto son también una divina ceguera, ya que a veces es lo mismo estar deslumbrado que estar ciego . . . Además, para una nodriza como para una madre, se es siempre en cierto modo, eternamente niño. — *« Car pour qui l'allaitif l'homme est toujours l'enfant »* — como suena en los versos del padre Hugo.

La reina del cuento no paseaba jamás de día; la claridad del sol es indiscreta e irreverente; nos hace ver las deformidades de las cosas amadas, y ofrece a la vista las canas y las arrugas que al claror de la luna parecen iluminarse con el prestigio de los resplandores arcanos. Así la reina solitaria se miraba únicamente en el espejo vivo de los lagos, donde la imagen luce entre un marco de misterio, realizada por las sombras que quedan prisioneras en el fondo de las aguas.

En tal forma, viviendo tan sólo en su interior, su juventud se prolongaba en una eterna e imposible quimera.

Yo no sé si he leído esta leyenda o la he soñado en alguna noche de fantasía confusa por lo lejana, pero de todos modos pudiera dar asunto a una bella balada melancólica.

Encárnela usted en su vida, si es que llega para usted la hora de la desilusión . . . Yo comprendo ahora la suprema grandeza de las torres de marfil que un día en el entusiasmo intransigente de mi enérgica juventud batalladora atacaba a flechazos de ironía incendiaria, pero de las torres de Menfis que son verdaderos refugios espirituales, no aquellas que alzan como castillos de papel la vana petulancia, o el fracaso irremediable, sino aquellas que brinda el orgullo, que lo comprende todo pero que nada olvida ni perdona; el grande y bien amado orgullo que es la virtud de todas las virtudes porque las compendia a todas . . .

Así, pues, si un día la desesperanza nos sigue los pasos como el Enlutado de Musset, podremos encontrar ese refugio amable en nuestra propia alma; basta cerrar un poco las ventanas que dan al camino de las realidades cotidianas, y abrirlas de noche en la soledad a los sueños que jamás nos traicionan porque nos pertenecen por entero, y porque son hechos a nuestra imagen y semejanza... Cuando la adversidad o la injusticia nos hieren, no debemos enseñar al vulgo las cicatrices, los guerreros antiguos y los héroes de nuestras viejas epopeyas gauchas, tenían el pudor de esas condecoraciones del heroísmo impresas en carne viva y cuidaban de esconderlas celosamente; de tal modo hay que guardar las nuestras, sin profanar el dolor que es privilegio divino, revelándolo en débiles lamentos o en quejas femeninas para que « el prójimo » lo profane con su conmiseración, que es algo peor todavía que su hostilidad.

Lleve siempre iluminada su alma, como dispuesta para recibir en cualquier momento a algún visitante de regia alcuernia, y viva así a los resplandores de esa luz interior en la perpetua espera, que si esa majestad aguardada, Gloria, Felicidad, Amor, no llegase nunca, le quedaría todavía, como singular grandeza y suprema consolación, el placer de vivir iluminado cerca de la presencia de la Eternidad, a ese fulgor de la luz de Dios, que no podrían apagar las mismas sombras acumuladas por la Muerte.

No hay luz que al cabo no pueda comunicar calor: el propio resplandor glacial de las estrellas lejanas, cuando el alma sabe ponerse en ínfima correspondencia con ellas, puede encender aún la llama de los sueños en nuestra fantasía, y descender en fuego divino a nuestro corazón.

Si esa virtud tiene la luz de las cosas remotas, mayor será la de aquella que conseguimos animar en nuestro propio ser.

Esta es la misión suprema del Poeta: « iluminarse » e « iluminar » delante de cada cosa; mantenerse capaz de asombro sagrado, como el niño, como si todo lo que se ve, se viera por la primera vez, y presentir la presencia de los dioses donde los demás no ven sino los aspectos triviales o las confusas formas de la vida. El silencio y la soledad son la preparación necesaria para esta definitiva redención.

El silencio y la soledad, constituyen un don supremo y un destino que nadie puede quitarnos, ni el mismo Dios, cuando el espíritu es bastante superior y personal para saber aislarse entre el propio tumulto.

Huyen de la soledad y del silencio las almas vacías que no pueden soportarse a sí mismas, porque no tienen nada que decirse, y necesitan vivir de reflejo en contacto permanente con las otras almas similares. . .
¿Me permite usted que le hable así?

Quisiera que usted comprendiese que le hablo ex - cátedra, con palabras fraternas, como un hermano mayor en la Hermandad sagrada. No tengo carácter ni vocación para « maestro »; recuerdo la impresión que sufrí la primera vez que me oí llamar así de labios de un joven entusiasta. . .

Me miré furtivamente a un espejo, por ver si ya las canas se habían abierto en mi cabeza como blancas rosas del sepulcro; y si lucían ya entre mi negra melena, sus hebras tejidas por las manos crueles de las Hermanas hilanderas de la Muerte.

Me vió usted las otras noches en un café, y se acercó a mí y me saludó afectuosamente; luego, como sorprendido quizá de la indecisión y el frío de mi acogida, me dijo: « ¿No me reconoce usted ya? ». con cierto acento de tristeza.

En efecto: sólo cuatro o cinco años han pasado de las bellas veladas que celebrábamos algunos amigos de las letras en cierto café refugio de bohemia y de arte, en cuyo sitio se alza ahora un hotel; y de las otras veladas similares en cierta librería bien conocida, ateneo de idealismo y de juventud, cuyo sitio está ocupado hoy por otro hotel. . . El dueño de esa librería, que nos es siempre amigo, ha abierto también una casa de comida. . . Ha acertado sin duda en la clase de comercio que conviene a nuestro pueblo. Los tomos de nuestros libros « invendibles » servirán siquiera para hacer fuego en la cocina, y la cosa, al fin y al cabo, no es para condolerse. . .

— ¿No me reconoce usted ya? — me dijo, y hube de disculparme, aunque esa pregunta debí de haberla hecho yo. ¡Porque lo más raro es que usted todavía me reconociese!

Ha pasado menos de un lustro; ¡pero han pasado tantas cosas desde

entonces! . . . Yo no sé lo que ha cambiado más en tan breve tiempo: si nuestro espíritu y su concepto de la vida o el alma de este Montevideo que ya no sentimos tan « nuestro » . . .

¡Vea usted si ya estaré viejo que mi espíritu ya mira hacia atrás y se dirige al recuerdo, dando espaldas a la Esperanza!

Pero usted no haga caso de esto: ya estoy como las almas cansadas para las cuales todo tiempo pasado fué mejor.

Y pongo punto final a esta epístola, que va resultando demasiado larga.

Me complazco en saludar en usted, mi buen amigo, a uno de los pocos temperamentos de poeta, verdaderamente nobles y sinceros de la joven generación. . .

Su affmo.

ANGEL FALCO.

Odas Místicas y Paganas

... Considerar nuestra alma como un castillo de diamante u muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos ansi como en el cielo hay muchas moradas...

TERESA DE JESÚS.

LAS MORADAS DE CRISTAL

Tengo un oculto y fiel retiro
en una comarca de ideal;
hay luz de ópalo y zafiro
en mis moradas de cristal.

Yo consagré toda la vida
a cultivar mi propio erial:
mística estrella, está encendida
en mis moradas de cristal.

Al sol del aura me santiguo
con gesto ingenuo y patriarcal,
mientras resuena un bronce antiguo
en mis moradas de cristal.

Yo bebo el agua azul del cielo
en proceloso manantial,

cuyo cauce fecunda el suelo
de mis moradas de cristal.

Una ascua roja llevo ardiendo
sobre mi carne emocional
y poco a poco voy muriendo
en mis moradas de cristal.

Me he reclinado hacia mi abismo
al ver la bruma fantasmal,
que se levanta de mí mismo
en las moradas de cristal.

Huyo del vicio y de las fiestas
y del tumulto mundanal ;
no hay voces torpes ni molestas
en mis moradas de cristal.

Sólo conservo como amigo
un cuervo ascético y feral,
que me trae pan de rubio trigo
a las moradas de cristal.

Tengo la carne enardecida
por la fé, y poseo el caudal
y la clave de la otra vida
en mis moradas de cristal.

Y cuando rezo mis latines
con voz profunda y doctoral,
se sutilizan los jardines
de mis moradas de cristal.

Callado y grave hilo en mi rueca
diáfana seda celestial,
con mano sarmentosa y seca
en las moradas de cristal.

Y entre los ámbitos internos
la ola gris del Bien y el Mal
va por los círculos eternos
de mis moradas de cristal.

La luz de Dios al infiltrarse
entre mi urdimbre material,
va sin romperse ni mancharse
por mis moradas de cristal.

Y si la muerte viene hoy mismo
me sacará entre su sayal,
en santidad de misticismo
de mis moradas de cristal.



LA CLEPSYDRA

I

A veces,
cuando me encuentro solo en mi cenobio
 espiritual,
y al sentir en mis sienes la fatiga nocturna,
al mismo tiempo que en mi entraña sube
el cauce oscuro de las obsesiones,
suelo apoyar mi oído en la almohada
y en la opresión creciente
y suave de una arteria contra el tímpano,
 escucho como late
 mi corazón.

Entonces permanezco largas horas despierto.

Cada latido deja en la clepsydra
 de mi vivir,
descender una perla irremplazable :

— Clepsydra mía, singular clepsydra,
como se agota tu vital tesoro,
mi corazón!

La opresión de la arteria contra el tímpano
me ha revelado,
en las profundas noches del cenobio,
que hay un desorden lírico en la caja
de mi tórax.

Desorden
que se me antoja musical y extraño
y que me trae regocijada pena.

He sabido,
que la víscera sacra y propulsora
de mi existencia, late anormalmente ;
que no ha vaciado su labor divina
en el ritmo común, y en cambio tiene
un ritmo suyo,
original, nervioso y arbitrario.

Yo poseo el origen de ese ritmo,
y lo he visto a través de mi pasado
perpetuarse en las leyes de mi estirpe,
con la fatalidad,
más fuerte que el Destino,
que gravitó sobre los Dioses griegos!

Conscientemente, concienzudamente
escucho y gozo ese latir del órgano
arítmico !

Y oigo tu aritmia ¡ corazón herido !
y vivo oyéndola
¡ or muchas horas en la larga noche.

Lates ¡ oh corazón ! de modo tal,
que en un segundo mudo y doloroso
falta un latido.

Llega un instante,
en que el ritmo normal se desvanece,
y un paso en falso
das — ¡ corazón ! — cuan si tuvieras miedo . . .

Con ansiedad nota mi oído alerta,
cuando el mensaje que debió venir
no viene.

— Corazón ¿ no te falta algún latido ?
— ¿ Sabes que mano entró dentro del pecho
y lo ha robado ?

— ¿ Sabes que mano descarnada y fría
viene y suprime uno a cada instante ?

Cuando escucho la aritmia y el período
compensador,
establece su pausa, me figuro
que el latido siguiente ya no viene
y que ha extinguido su vigor sagrado,
mi corazón!

II

Quien sabe si algún día,
apoyando mi sien en la almohada,
de modo que la arteria sobre el tímpano
me sirva de teléfono;

Quien sabe si algún día no percibo,
el ruido de la última
perla que guarda la clepsydra mía,
mi corazón.

Y tal vez piense entonces,
cuando venga la muerte y me arrebate
el latido esperado:

— Clepsydra mía, oh singular clepsydra:
cuán débil era tu vital tesoro,
mi corazón! —

LOS ROSALES DEL MITO

Hoy estoy solo en mi jardín cerrado.
La soledad me inicia en su concierto
dentro del horizonte ilimitado
que prolongan los pinos de mi huerto.

Flota en las cosas una nube oscura
y al pie de inmóvil y callada fuente
los cipreses levantan a la altura
su angustia inmemorial y confidente.

En un rústico altar, misa celebro
de todas las pasiones olvidado,
y para siempre se halla mi cerebro
por fulgor de crepúsculo, nublado.

Mi carne era rebelde y pecadora!
Mi carne amó el contorno penteliano
de los senos ebúrneos, pero ahora
como un perro servil unge mi mano!

Mi carne ya no goza los cantares
de Salomón. El libro de mis días
para siempre se ha abierto en mis altares
frente al treno inmortal de Jeremías!

Ya nadie me recuerda. Cenobita
pertinaz, yo comulgo en el olvido.
Una atracción callada e inaudita
me produce la sangre en su latido.

En mí no se oyen voces tentadoras
y en mi huerto litúrgico y sonoro
el colmenar diurno de las horas
se convierte de noche en astros de oro.

De mi claustro interior en la penumbra
vivo, con la oración y el relicario;
hasta la cima del dolor se encumbra
mi cuerpo enflaquecido y solitario.

Y entre mi vida de silencio llena
se profundiza inmaculada y pura,
esa quietud pacífica y serena
que en la luz de los ópalos perdura.

La llama de la fé, como una tea
inextinguible agítase en el fondo;

su luz sagrada en mi interior gotea
y un surco abre, cada vez más hondo.

Al resplandor del alba me levanto
y en mi atmósfera mística y profunda,
matizo la oración con algún canto
para loar la soledad fecunda!

La soledad, la soledad amada.
La soledad, la soledad que ora.
La soledad, la soledad sagrada.
La soledad, la soledad creadora!

Su llaga entre mi carne adolorida
abre el dolor, y en mi abstracción inerte,
vaticinio la muerte de mi vida
y adivino la vida de mi muerte.

Mi ermita soledosa en el collado
es un carbón de la celeste fragua.
Tengo en ella un pulido y anticuado
casco de calavera para el agua.

Cuanto más pobre sea, soy más rico!
He traído a mi huerto rusticano
un cuervo que me alcanza entre su pico
el humilde alimento hasta la mano!

Un ruiseñor para templar mi anhelo
con la música azul de su garganta
y una paloma para enviar al cielo
la oración que en mis labios se levanta.

—Lo demás todo es vano y desagrada
al Señor! — Los tesoros son engaños
que poco a poco lleva hacia la nada
el viento helado y torvo de los años!

Rota y sin forma está mi vestidura.
Para el Señor mi carne he de guardarle.
Mi carne lacerada pero pura!
Es todo lo que tengo que entregarle!

La lepra me acaricia cual si fuera
la mano del arcángel. No la temo:
no es más fuerte el martirio de la hoguera
que esta ascua subjetiva en que me quemo!

Cuanto más acentúase mi herida
me inundo en un clarísimo alborozo.
Y gozo con la muerte de mi vida
y con la vida de los cielos gozo!

—Salve, ascetas herméticos del Nilo!
Cómo envidio la estirpe formidable

de vuestro corazón, sabio y tranquilo,
y ante el potro y la hoguera imperturbable!

Ya vislumbré una luz en la tiniebla,
ya percibí un sonido entre la nada.
Ya despejé la inmovible niebla
que oprimía mi carne atormentada.

Sigo a donde la fé abre su broche;
los hombres en su fiebre engañadora
caminan de la luz hacia la noche . . .
Yo marchó de la noche hacia la Aurora.

El arpa de los astros, armonías
del cielo trae, en musical tesoro.
Y en el huso hilandero de mis días
ha enhebrado el silencio un hilo de oro.

Mi vida en densa soledad descansa
taciturna, sin fáciles querellas. —
Pues refleja mejor el agua mansa
que el torrente, la luz de las estrellas.

Con el brutal cilicio y la tortura
sereno y dócil a la muerte sigo:
la tierra que se hiere y se rotura
es la que hace germinar al trigo!

Y dejaré este mundo en que me agobio
sin pompas, sin riquezas, ni oropeles.
Las abejas bravías del cenobio
sobre mis huesos libarán sus mieles.

El Señor, con la fé que me acompaña
hará un lucero de oro en el camino,
e hilará con las fibras de mi entraña
la blancura purísima del lino!

Mi vestuario talar será entregado
en el invierno a las sencillas gentes;
y servirá mi cráneo descarnado
para arrojar al surco las simientes.

Y mientras yo me pudra bajo el agro
y el alma emprenda vuelo al infinito,
en mi tumba arderán como un milagro
los rosales teológicos del Mito!

LA PINTURA DEL TIZIANO

I

AMOR SAGRADO

En Ella se ha engarzado mi abstracción pesimista
igual que en una joya una enorme amatista.

En su rostro ovalado las ojeras violadas
desfloran un litúrgico resplandor de baladas.

Pasa entre mis palacios, sin hablar, taciturna,
lo mismo que una ráfaga crepuscular . . .

Su alma es una urna
en cuyo fondo un ópalo no deja de brillar.

Es pálida y la risa no florece en su boca ;
pone un matiz de ámbar en todo lo que toca.

Un lacre de silencio en sus labios descuella,
y cuando alguna cosa le pregunto
me mira fijamente, pone su rostro junto
al mio y con el índice mi torpe labio sella.

Su vestuario es traslúcido y brilla en la tiniebla,

Hay una interna luz en sus pesares
y la he visto en la noche difundirse en la niebla
incorpórea y voluble de los rayos lunares.

Cuando muestran sus gemas tintes de calcedonias
y avanza, entre el airoso despliegue de las faldas,
brillan con el prestigio de arcaicas ceremonias
en la luz de sus ojos, húmedas esmeraldas.

Unge sus dedos diáfanos entre joyas triunfales
y se enciende en dulce rubor
trayendo de esfumadas tierras inmemoriales,
en una mano un tirso y en la otra una flor.

Entre milagro inmenso
arde su corazón como grano de incienso.
La precede un divino psalmo de juventudes
y la sigue una estela de místicos aromas,
y en su saliente pecho oculta dos palomas
entre los blancos velos de las siete virtudes.

El jaspe sonrosado de sus líneas,
se eleva entre un prodigio de formas virginales
y se oye un resonar de flautas apolíneas
detrás de sus sandalias musicales.

Yo reclino la frente
y en interior meditación me pierdo,
cuando se alza en mis noches la Dea transparente
y enciende los carbones del recuerdo.

Ha siglos que me busca a través de leyendas
y en las comarcas más terribles,
soñando con las líricas y nupciales ofrendas
de nuestras bodas imposibles.

Yo ví su urdimbre inmaterial y leve,
prolongarse en las frágiles creaciones de la nieve.
Y la miré esfumarse en astros de diamante
en la paz voluptuosa del trópico quemante.

¿Quién es? ¿De donde viene? No he podido
descifrarlo jamás. Cuando evidencio
mi sed de precisarla lo impiden el latido
de su convulso pecho, su rostro adolorido
y el índice en los labios que me implora silencio.

Presidiendo las íntimas regiones interiores
siempre la ví a mi lado ;
cuando hablo con mí mismo y gusto mis dolores,
cuando estoy en contacto con mis sueños mejores :
— ¿Es el Amor Sagrado?

II

AMOR PROFANO

La *Otra* es muy distinta.

Viene firme, absorbente,
trayendo entre los labios sensaciones perversas.
Favorita del goce de los harenes persas
ella habitó los lúbricos serrallos del Oriente.

Sus ojos idumeos son bárbaros y absurdos
y tienen las crueldades de los látigos kurdos.

Es una afirmativa para los indecisos,
pues ofrece en sus labios las uvas de Dionisos.

Cuando la veo a mi lado limito mi horizonte
con los rosales mórbidos del jardín de Anacreonte.

Ella posee el secreto de la sangre inclemente.

Ella coloca el nardo
de su beso y vislumbra cuando el cuerpo gallardo,
se ha de entregar vencido entre su carne ardiente.

Como la Esfinge es muda, si uno la interroga
al ver que entre sus tálamos la juventud se ahoga.

En Bethulia fué célebre. Y narra la leyenda
que ella cedió su perversión felina,
el puñal y la hermosa vestimenda
a Judith, la heroína
cuando Holophernes la llevó a su tienda!

Ella fué más potente que las lanzas romanas
y triunfó en las magníficas bacanales capuanas.

Y tal vez una noche de ebriedad y lujuria
la inició un mercenario de Anibal en la orgía,
que enervó la firmeza y aplacó la energía
de los conquistadores de los campos de Etruria.

Quien sabe si no ha sido de algún Borgia la amante
y su cuerpo pagano,
cayó — púrpura y oro — agonizante
bajo el puñal finísimo del príncipe italiano.

Sé que hoy se ha detenido en medio de mi senda.
No la temo!

Sonriente agotaré su ofrenda
y tallaré en su cuerpo tentacular e impuro
la espada que ha de abrirme la marcha hacia el Futuro.

Después, como Sigfrido que partió con su acero
el yunque en que forjara su símbolo guerrero.

antes de que sus brazos empiecen a enervarme
yo he de romper los vínculos con que ella quiera ahogarme.

Y seguiré hacia mis conquistas, ágil
e invulnerable y con el cuerpo vano,
después de haber vencido este Amor Frágil
y Profano !

III

SÍNTESIS.

En este instante
yo poseo el origen de toda fuerza viva
y constante :
pues ya veis que levanta mi frente pensativa
junto al laurel perenne, la rosa fugitiva.

Lo inmortal y lo frágil, lo divino y lo humano
albergo en mis entrañas con goce soberano,
y al igual que la eterna pintura del Tiziano
junto al sagrado amor tengo el amor profano !

TAVANTYSUYO

Llueve. Desde mi cuarto,
contemplo como cae en las acacias
de mi jardín el agua silenciosa.

He pasado la tarde entre lecturas
de crónicas incásicas.

Y ahora
mi fantasía vuela hacia el prodigio
de nuestro gran Tavantysuyo indígena!

Oh los evos, los evos fabulosos
de los grandes monarcas!

¡Qué belleza
bárbara en los rituales primitivos!

Cuán grande y armonioso todo aquello!

Y entonces, nuestra América ignorada
qué enorme en su real virginidad!

Hoy en cambio los ídolos de barro
han sustituido a las deidades de oro,
y abunda más que las indianas cortes
la presente
podredumbre fatal de los espíritus!

Oh mi América autóctona!
¡Quién sabe
que legendario emperador poeta
dió eterna forma a tu himno inmarcesible!

Llueve. Sobre los libros
tiembla mi mano episcopal y docta
y mis pupilas hacia el cielo miran.

-- Oh quién sabe que espléndido destino
tendrían los poetas! . . . ! Qué arrayanes
simbólicos llevaban en la frente!

Yo habría sido un gran cantor del Sol;
y mis versos se oirían, recitados
en los vastos palacios de los Andes!

Sería preferido de princesas
y hubiera ido con alguna, entonces
en las áureas literas de los Incas . . .

Llueve. Mientras medito,
en la sombra
de la bruma espectral y bizantina,
siento que se abre el fatigado espíritu
hacia una ensoñación ilimitada...

EL SENSUALISMO EN LA DANZA

TÓRTOLA VALENCIA

A Aurelio del Hebrón.

I

Conocía tu rostro paradójal e inquieto
oh Danzadora! Habíanme confiado ya el secreto
de tu magia en el arte perínclito y concreto,
Valentín de Zubiaurre y Anselmo Miguel Nieto.

Y aunque nunca había oído tu musical coturno
ya me daban tus ojos su resplandor diuturno,
tus ojeras violáceas su dejo taciturno,
tu espesa cabellera su azabache nocturno.

II

Danzas, y tus pupilas van llevando consigo
los puñales flamígeros doctos en el castigo.
Triunfa en tu carne un ópalo sonrosado y amigo
y alumbra el plenilunio cóncavo del ombligo.

La clave de tu danza está en tus brazos. Rigen los movimientos, guían las posturas, dirigen el ritmo de la aritmia de los pasos, corrigen tus defectos y en ellos, tu triunfo tiene origen.

Yo ví temblar los flancos de tentaciones llenos y afirmo que ofrecían néctares y venenos, de Tórtola, las tórtolas de los brazos morenos, de Tórtola, las tórtolas mellizas de los senos.

LA SERPIENTE

Plásticos como víboras los brazos soberanos se mueven. Los rubíes chispean en las manos y son pupilas mórbidas de reflejos insanos que lamentan el limbo torvo de los pantanos.

LA DANZA DEL INCIENSO

Mi corazón de sátrapa con un delirio inmenso te sigue entre tus giros misteriosos, suspenso. Tu boca de faunesa se abre en el aire denso y arde como una brasa en medio del incienso.

LA MUERTE DE ASA

Frágil, cual una sombra plenilunar avanzas, bajo los velos fúnebres; de cuando en cuando lanzas por los ojos un fuego y ciega te abalanzas al *más allá* y la muerte quiebra tus esperanzas!

LA DANZA ÁRABE

Entre tus movimientos olor de Arabia tienes.
Bailando has recorrido por las Jerusalenes
del goce ; y cuando absorta de placer te detienes
arde en tu carne el lúbrico nardo de los harenes.

LA BACANAL

Salve, desenfrenada flor de las bacanales !
Tus carnes obsesionan y en tus danzas sensuales,
renacen los fantásticos festines orientales,
triunfa la dionisiaca miel de las saturnales !

III

ENVÍO

Te ha labrado un artífice en oro este boceto.
Y que ilustren su monorrítmico cuarteto,
con la luz del pincel perinclito y concreto
Valentín de Zubiaurre y Anselmo Miguel Nieto !

EL JARDIN DE ACADEMOS

I

Resonancia inmortal en mi florece ;
y llevo en el espíritu
la inquietud de una nueva melodía
no escuchada jamás sobre la tierra.

No ha sido el resplandor del cielo ático,
no la perfecta línea de los mármoles,
ni la delectación del mar latino,
por donde se deslizan los trirremes
trazando las estelas argentadas,
como lazos que unen a la vidas
que se van, con las vidas que se quedan.

No ha sido la belleza que la Acrópolis
difunde en mis pupilas cuando veo
su majestad clarísima elevarse
bajo un cielo zafireo ; ni tampoco
las sonrosadas ninfas de Diana,

ni el cuerpo de la Venus, ni el flamígero
resonar que levanta entre las nubes
la cuadriga escultórica de Apolo !

II

He ido como siempre
al jardín melodioso de Academos,

Hoy de sus viajes nos habló el Maestro
al iniciar las pláticas divinas.
Pensativos y absortos escuchábamos
con sagrado silencio los discípulos.

Nunca he encontrado al sol más fulgurante,
ni el aire me ha rendido sus perfumes
con más experta y exquisita gracia.

Toda la inmensa majestad helénica
se irguió en los ademanes y en los labios
del Maestro magnífico ;
y lo seguía nuestra fé, radiante ;
pronta a sacrificarle nuestro ensueño
en su elevado amor, como en un ara !

Hoy no citó los diálogos de otrora
en el grave cenáculo de Sócrates,
cuando su juventud flotó en el cielo
de la sabiduría del gran mártir;
pues atraída por la pompa diáfana
que irradiaba Academos, su alma quiso
abandonar los tópicos profundos,
temas de metafísicas abstrusas,
para hablarnos, primero de Megara
y después de Cyrene y de Sicilia.

Los viajes de Platón ! Lenta espaciábase
su voz, al describirnos el milagro
del mar azul, donde la Arcadia sueña
y donde Venus yergue
la redonda furgencia de sus senos.

Nos evocó las tardes opulentas
de los áureos jardines de Megara
y el rumor de los bosques donde liban
las abejas de oro.
la miel que Grecia ofrecerá al futuro
en el ánfora ebúrnea de su arte !

De allí pasó a los días de Cyrene
y las comarcas tórridas del Africa
nos describió con impecable estilo,

¡Largo tiempo entretúvose evocando
la tremenda emoción que le causara
la tierra ardiente que calcina el torso
inflexible de Atlante !

Por fin su verba nos llevó a Trinacria
donde Vulcano y el tonante Júpiter
unen la voz del cielo y de la tierra
a través de los cráteres enormes !

Y con placer nos dijo,
que allí pasó las horas escuchando
el rumor de las olas fatigadas
y poco a poco descifró el mensaje
de una tierra escondida,
que más allá de las columnas de Hércules
levanta sus prodigios y leyendas
y la polifonía de sus bosques
sobre el dorso movable de las aguas !

III

Entretanto, en el huerto silencioso
y augusto como un templo,
se extinguía el frescor de la mañana,
y la feral canícula de estío
prendió su antorcha en las floridas selvas.

Se detuvo Platón en el sendero
y un gesto de cansancio
flotó en la claridad de sus facciones.

—Tengo sed— murmuraron dulcemente
sus labios, y rendido
su noble cuerpo se apoyó en nosotros.

Corrí a una fuente y en bruñido vaso
le traje el agua transparente y límpida,
y en forma torpe hincándome en el césped,
con ruboroso gesto y débil pulso
la coloqué en las manos del Maestro.

Después que hubo bebido toda el agua,
me envolvió en una plácida sonrisa
y entre un silencio religioso dijo :

—Haz de modo que el cauce de tu espíritu
se conserve en la vida, para siempre
tan puro como el agua que me has dado.—

Cada vez que recuerdo este episodio,
resonancia inmortal en mí florece
y guardo en el espíritu
la inquietud de una nueva melodía
no escuchada jamás sobre la tierra !

LA DECADENCIA

I

Por la ventana abierta hoy he mirado
hacia el mar.

Lentamente
surcaban el espejo de las ondas
los navíos asiáticos, trayendo
desde países de riqueza y fábula
cargamentos magníficos.

Aumentaban los prodigios bajeles
de modo extraordinario y los velámenes
formaban cortinajes caprichosos,
donde volcó el crepúsculo,
como en el mar, tonalidades púrpuras.

Poco a poco la atmósfera senicia
triumfa sobre el espíritu ateniense.

Y aumentan los navíos que conducen
al lado de los óptimos tesoros,

el sensualismo de la carne asiria,
el culto de los dioses materiales,
la uniforme ignorancia del negocio,
los hipnóticos filtros que adormecen,
las joyas deslumbrantes de los sátrapas
y el hastío infecundo
que hay en los muelles de Sidón y Tiro.

Por la ventana abierta hoy he mirado
hacia el mar.

Los navíos recortaban
oscuras quillas en las quietas ondas.

Los navíos asiáticos que priman
sobre el blancor de las latinas velas.

Los navíos asiáticos que traen
las joyas deslumbrantes de los sátrapas,
hoy máspreciadas que la luz de Júpiter,
más codiciables que el laurel de Apolo!

El sol huía por el cielo de ámbar
colocando en las cumbres y en los mástiles
dorados resplandores.

Desde el pórtico azul de mi retiro
me pareció notar en el gran astro,

la blonda majestad del Dios Apolo
abandonando a la materna Hélade!

II

Calladamente descendió la noche.

Las vacilantes luces de las naves
uniéronse en los pliegues de la sombra
con el brillar eterno de los astros.

Mi labio entonces murmuró confuso:

Apolo ha huido de la madre Grecia,
al ver los incensarios expirantes
sin fuego el ara, silencioso el templo
y mudo el labio en la oblación vacío.

Mañana, cuando surja el nuevo día,
— ¿Volverá el Dios con su cuadriga de oro?

LA IDOLATRÍA PERJUDICIAL

I

Bajo el cielo diáfano de una tarde llena
de sol, en el dorso de la onda serena
y dócil del Mediterráneo,
se vió un bajel lírico de velas henchidas
con impulso rápido, como alas tendidas
en potente vuelo espontáneo.

El bajel venía con los peregrinos
del Arte, buscando los templos divinos,
las arquitecturas helenas,
y se detuvo inmóvil y maravillado
frente a donde se alza limpio e inmaculado
el Parthenón, gloria de Athenas

Eran los viajeros de sangre latina.
Sobre la azulada vastedad marina
en éxtasis permanecieron.
Y absortos y mudos ante la grandeza

del mármol eterno de inmortal belleza
para siempre se detuvieron.

Pasaron mil años y nuevos cantares
ritmaron los ágiles reyes de los mares,
Pero aquel navío hechizado
para siempre, siempre, sobre el agua pura,
vigilando atónito la sacra escultura
se abandonó petrificado.

Surgieron veloces los nuevos bajeles,
con sus cargamentos ricos de oropeles
de las tierras de promisión.
Todos admiraron esa nave rara!
Pero nadie pudo por más que intentara
arrancarla de su prisión.

Levanta tus anclas, navío fastuoso!
Hay obras más bellas que el templo glorioso
que ha herido a tu fantasía!
¿No ves que envejece tu casco en las aguas?
¿No sabes que ahora ha construido en sus fraguas
templos mejores, la Energía?

Ya nadie se para a mirarte — oh navío
inútil y viejo! — Te oprime el hastío
y el agua pudre tus aristas.

El mar pertenece al barco germano
y al bajel sajón ; y en el oceano
se olvidan tus grandes conquistas !

II

Tu símbolo es ese, Oh Raza Latina !
Te has quedado siglos frente a la divina
fantasmagoría escultural !
Mientras otras razas triunfan a tu lado
tu genio creador se ha paralizado
ante la Hélade inmortal !

LA NUEVA IDOLATRÍA

I

Era a la media noche ;
yo meditaba en mi salón de estudio.

Se oía
jadear la lluvia sobre los cristales
del viejo patio familiar.

Era a la media noche, en el Invierno.

Apoyando las sienes en mis puños,
permanecí soñando muchas horas.

En el laboratorio
cuajábase el silencio en los matraces
y en las retórtas.

Por un vago proceso psicológico,
me entregué a meditar en la estupenda
e inagotable irradiación lumínica
del radium.

II

Auguraron los hombres
la decadencia de la eterna raza,
que elevó sus cosmópolis magníficas
y sus victorias inconmensurables
junto a las olas del Mediterráneo.

Dudábase
de la capacidad de aquella raza,
que se afirma en el tripode sagrado
que forman,
el despertar de América,
la maravilla del Renacimiento
y la Revolución.

Las aves agoreras
presagiaban la próxima agonía
triste y fatal de la latina estirpe,
y los dioses triunfales del Walhalla,
ya habían colocado como emblema
ante los ojos del germano, el rayo
que atraviesa los cuerpos e ilumina
la íntima estructura de las cosas
y la bruma interior de las moléculas!

La ciencia
amparaba a los dueños del Rhin áureo
y dirigía el golpe decisivo ;
las aves agoreras
festejaron la próxima agonía
triste y fatal de la latina estirpe !

Una mujer entonces,
arrancó a la materia inanimada
y fugaz,
la fuerza luminosa que no extingue
nunca en interna lumbre, y reproduce
en si mismo una luz perennemente.

Una mujer francesa
esgrimió como un símbolo la tríada
fiera y potente de invisibles rayos
de enormes propiedades radioactivas,
que en la sombra,
alzan el esplendor de las hogueras
que cuidaban antaño las vestales !

Fuego inviolado, emanación creciente,

Numen y guía de la Grey Latina ;

Como tú, nuestra raza se renueva
y de su seno surgen resplandores
cuyo caudal secreto no se extingue.

La Estirpe junto a ti, vela en los Siglos.

Ella te guarda y te conserva incólume:
Vestal, junto a tu lumbre. Ella vigila!

III

Seguí soñando en mi salón de estudio.
Hacia la madrugada
aún se oía la lluvia en los cristales
del viejo patio familiar...

— Tiene que ser así! —

Gusten los sabios
de los nuevos arcópagos latinos
olímpica embriaguez de Ciencia y Arte.
La Raza enciende
en si mismo, energía innovadora.

Ella vigila con fervor de madre
y vela junto al radium en los siglos,

mientras mantiene un radium más potente
en sus propias entrañas.

— Vestal, junto a su luz, Ella nos mira . . .

Por muchas horas
seguí soñando en mi salón de estudio.
Después, sobre mis párpados de plomo
sentí el contacto de una luz suavisima.

Entreabrí las pupilas. Ya era el alba.

ODA BÁRBARA

I

En la cúspide altísima
donde se envuelve en brumas el recuerdo
yo me interné en lo inmenso de la sombra.

Era de noche. Salmodiaba un canto
profundo y doloroso
el viento, en las aristas de la cumbre.

Me detuve un momento,
pues sintieron mis nervios el contacto
del frío de la cima.

Me detuve un momento. Respiraba
apenas, conmovido
por las dormidas soledades yermas,
por el vibrar continuo de los vientos,
por los latidos de mi corazón
y por la voz que se elevaba entonces
entre los secos labios de la Estirpe.

Era una voz pausada que gemía,
era una voz terrible que evocaba
no sé qué narración tremenda y torva
del ciclo caudillesco.

II

— Yo soy amargo fruto de tu raza,
concebido en un ámbito de fiebre,
amasado con gérmenes de odios,
surgido de las luchas gestatorias
que llenaron las márgenes del Plata,
cuando las multitudes
salvajes de las pampas, avanzaron
para imponer su Ley a las ciudades,
detrás de las legiones que Ramírez
trajo de la vorágine gauchesca
a la misma pirámide de Mayo!

— Yo soy amargo fruto de tu raza,
bárbara forma que surgió luchando
del hastío profundo de los bosques
de América!

— Mi carne es una carne modelada
por las manos hercúleas del pampero
en el hierro feral de los combates;
o fui hecho con bronce de tragedia,

n el bronce solar con que forjaron
 las manos del Destino,
 s gauchos que siguieron a Facundo
 las purpúreas gestas de su Iliada! —

-Fuí engendrado en el ciclo formidable
 e las guerras civiles que mancharon
 s pedestales de la democracia.
 Mi espíritu formóse en las llanuras
 interminables de la pampa. Traigo
 n mi entraña los odios montoneros,
 n mi gesto la audacia del combate,
 n mi boca el selvático alarido,
 n mi golpe el zarpazo del leopardo
 y en mi mano, potente como garra,
 la clave que conoce el mecanismo
 del rojo surtidor de las carótidas! —

— Yo fuí un germen surgido
 de la bolsa larvaria en que gestara
 su integridad este confin de América
 ante las ambiciones de la Europa.

Fuí un lampo
 de la edad legendaria en que brillaron
 los odios federales,
 en las rojas insignias vengadoras
 y en los mástiles férreos que esgrimieran
 los centauros elásticos de Rozas!

— Mi
 negra c

En mi
 el poer
 y el so
 una im

Mi por
 irrepro
 Yo ma
 entre l
 Cargue
 en cier
 fuí hér
 y mi g
 relató
 y las

Famili
 y dóci
 impen
 conoci
 tuve e
 fuí de
 y des
 tercio

— Mi cabello era aindiado y mi pupila
negra como el carbunclo de las noches
americanas.

En mi frente las rachas esculpieron
el poema nativo de sus músicas
y el sol grabó en la masa de mi rostro
una imponente majestad bronceína !

Mi porte era soberbio y mi estatuaria
irreprochable en el bagual rebelde.
Yo manejé la lanza como nadie
entre los tumultuarios entreveros.
Cargué junto a los raudos escuadrones
en cien batallas del federalismo ;
fui héroe payador en las llanuras
y mi guitarra, en décimas dolientes
relató los dolores de la carne
y las quejas más hondas de mi instinto !

Familiar me fué el trato con las fieras
y dócil el misterio
impenetrable de los bosques vírgenes ;
conocía las selvas ampliamente,
tuve en la pampa inmensa mi horizonte,
fui del tigre aborígen leal amigo,
y descansé mi mano entre nerviosos
terciopelos de plásticos jaguares !

Formé con mi dolor mi gesta heroica,
con la mórbida fuerza,
de un Atrida fatal de la Orestíada,
y héroe triunfador
en una cuenca fabulosa y rica,
mi fama fué escuchada entre el asombro
de los valientes,
mi aureola llegó hasta las ciudades.
mi valor se engarzaba en la leyenda
y hasta en la ingenua y popular poesía
indómito y audaz, se irguió mi nombre!

Yo soy amargo fruto de tu Raza,
y flotará mi voz como un crugido
entre los psalmos líricos que se oigan
a través de sus nuevas multitudes!

Y para siempre flotará mi mácula,
en Ella, hasta que encuentre
al Esquilo inmortal que le dé forma
artística y perenne en la tragedia!

III

En la cúspide altísima
hubo una enorme pausa silenciosa;
yo recliné la frente
cual si un hierro pesara de mi cuello
y me uniera a la entraña de la tierra.

. . . Después,
vencido mi estupor, pude observar
que irradiaba la aurora lumbre de oro,
y que había del lado de la noche,
una fuga de potros pampeanos,
un oprobio de lanzas en derrota
y un aullar mitológico de pumas!

EL INSTINTO EN LA DANZA

I

PASTORA IMPERIO

EL ORIGEN

Danzarina de Oriente: los neblíes
de tus ojos dominan en las cosas,
cuando en el baile trémula sonríes,
bajo un fulgor de lámparas lechosas.

Lumbre de amor en tu mirar deslíes
y aun evocan tus danzas voluptuosas,
los sátrapas, colmados de rubíes
y de bárbaras gemas luminosas.

Tú vienes del Oriente, que es tu origen.
Hacia futuros evos te dirigen
los triunfos de tu danza fatalista.

¡Tiemblan las muchedumbres al mirarte,
pues se yergue del fondo de tu arte
una atávica fuerza de conquista!

II

EN • EL GARROTIN •

Sobre el obscuro fondo de la escena
ha surgido la Imperio acompañada
del guitarrero. En su actitud serena
y segura a la vez, lleva engarzada

su fuerza de hembra indócil. Está llena
de una arbitrariedad ilimitada,
cuando en su carne cálida y morena
vuelca el glauco esplendor de la mirada!

Se estremece la artista y la guitarra
inicia el garrotin. Como una garra
la mano de la Imperio se retuerce.

Triunfa la danza dislocada y densa,
mientras que en todo su dominio ejerce
el gran latido de la carne intensa!

III

LA BAYADERA CRISTIANA

Dijo el Sultán :

— No bailes, cuando lejos
me encuentro del harem. — Oh no me digas,
que no has bailado; veo en los reflejos
de tus ojos, letárgicas fatigas !... —

— Flotan fragancias en los azulejos
y en tus gemadas túnicas amigas...
Arde la mirra frente a los espejos
— Cristiana, exijo que la danza sigas —

— Hazlo ahora, que puedo contemplarte.
Sigue esa danza de supremo arte
que al notar mi llegada dejas trunca. —

— Baila, que en tus pupilas me mareo !
— Oh, mira cómo tiemblan de deseo
mis eunucos, más pálidos que nunca !...

IV

LA DANZA GITANA

Llevaba una flor de acacia en la boca y venía contorneándose como una potranca de Córdoba.

Merimée—CARMEN.

Dominadora y ágil aparece
bajo la luz del escenario. Queda
hierática un momento y resplandece
su cabello, que en ópalos se enreda.

Maja de Goya! Con orgullo mece
las caderas en círculos de seda;
dijérase al mirarla que florece
la guitarra simbólica de Rueda!

Al caminar sobre el proscenio emana
una tenaz fulguración umbría
de sus pestañas lúbricas y espesas.

Y, como Carmen, la feral gitana
sacude las caderas con maestría
igual que las potrancas cordobesas!

V

LA TRANSFIGURACIÓN FINAL

Alza los brazos con felina gracia,
y la elástica curva de sus manos
sobre la negra cabellera lacia
perfila sus contornos soberanos.

Agita el vientre con lasciva audacia,
atraen sus ojos como dos arcanos
y elevando su erecta aristocracia
tiemblan sus pechos duros y lozanos.

— Oh, baila Salomé, baila de nuevo!
parece que se escucha, cuando avanza
con su fiereza harmónica, la artista.

Y hasta en un gesto de estupor me muevo
pues la veo, soberbia de venganza
besando la cabeza del Bautista!

DIÁLOGO ARBITRARIO

En el *fumoir*
del hotel habíanse reunido
frente al champaña, algunos delegados
de las corporaciones universitarias
del continente del Sur,

Y sin pensarlo,
de modo imperceptible, lentamente
pusieronse a buscar en sus orígenes,
algo que revelara,
la aureola sapiente que traían
de sus amplias cosmópolis lejanas.

Y dijo el primero :
Yo desciendo de España y en mis venas
se agita sangre de conquistadores.

Mis antepasados
fueron héroes de gesta y combatieron

contra los moros
y contra los turcos.

Uno de mi familia hallándose en Lepanto,
nos legó un blasón inmortal.

Otro en las guerras trágicas de Flandes
se conquistó el favor del Duque de Alba,
y según cuentan,

otro salvó la vida a Hernán Cortés
en el tumulto de la Noche Triste.

Incapaz de ser héroe del acero,
ni de crear un Virreinato,
hoy me río de todo eso
al ver mi puño frágil, mi sien pálida.

Dijo el segundo:

Yo desciendo de Francia, y la epopeya
de mis abuelos,
culmina con el ciclo férreo de Carlo Magno,

Uno tuvo corona merovingia
sé de otro que fué héroe de Cruzadas
y aún se conserva
en un templo del Mediodía,
un clavo de la cruz de Jesucristo
que trajera al volver de Tierras Santas.

Si yo quisiera,
podría reclamar ante Inglaterra
la posesión completa de diez islas

del mar Mediterráneo ;
según consta en legajos que conservan
mis padres.

Hoy me encuentro muy lejos de esas cosas . . .
y al ver mi frente de arrogancia antigua
y mis ojos miopes,
noto que mis costumbres jamás soportarían
el redoblar gigante de Rolando.

Dijo el tercero :
Soy hijo de italianos. Mi pasado
se pierde entre la mágica luz del Renacimiento,
Y tuvo mi familia cardenales
magníficos y príncipes viciosos
de la corte purpúrea de los Borgias.
Mi abuelo me enseñaba en sus archivos
un documento artístico firmado
por César Borgia y un ducal soneto
damasquinado de zafiro y plata,
que uno de mi familia,
dedicara al maestro de los crímenes.

¡ Cuán irónico todo me es ahora !
pues el ambiente agrio del país
en que vivo, me impide continuar
la aristocracia de mis ascendientes
y aunque tengo el espíritu estupendo

del Andrea Sperelli de D'Annunzio,
sufro la mórbida atracción
de las neurosis finiseculares.

Y el último habló así, mientras hundía
en su cabello indígena una mano
de marfil :

Yo desciendo de indios de mi América ;
autóctono y salvaje,

soy en el fondo y bárbaro de espíritu !

Cultivo la Belleza,
instintivamente,

igual que los sagrados fundadores
de mi estirpe, que trocaban

el oro, los imperios, las montañas, los ídolos
y las mujeres

por lo que ellos creían que era bello !

¡ Oh, la leyenda de sonoro bronce
de los monarcas crédulos y puros,
mucho más grandes que los hombres blancos !

Yo no me burlo
ante el martirio de mi raza muerta,
y en mi amor infinito hacia la anónima
muchedumbre vencida,
por la noche descifro los lamentos

que el pampero me trae entre aromas salvajes,
desde la majestad progenitora
de las selvas,
y juro enaltecer mi carne sacra!

LA SELVA

(Se refiere a la Cámara Frigorífica
de la Facultad de Medicina).

Abre las puertas un hombre pequeño,
alza la luz y me mira risueño ;
mientras mi psiquis de miedo palpita
desde las brumas de un bárbaro sueño.

Quiero entonar una oda maldita.

Cuando en las calles sonríe natura
entro, temblando en la cámara impura
y un terror vago en mi entraña se agita
frente a la selva dantesca y oscura.

Quiero entonar una oda maldita.

Cuelgan los cuerpos desnudos y flacos,
cuelgan las testas de ojos opacos,
pelos rapados y boca marchita.
Cuelgan del techo los doctos bellacos !

Quiero entonar una oda maldita.

Héroes del hampa y tremendos viciosos!
Bravos amigos de perros sarnosos!
Dioses nocturnos de boca no ahita,
graves mendigos de gestos calmosos ;

Quiero entonar una oda maldita.

Cuelgan enjutos y torvos del techo,
cruge el feral esternón contrahecho,
hiela el abdomen que lento se agita
mientras vigila el ombligo en acecho !

Quiero entonar una oda maldita.

Cuajan las carnes matices extraños,
fuertes violetas y verdes huraños,
luces de piedra lunar, malaquita
y amplio turbión de listones castaños.

Quiero entonar una oda maldita.

Finge la muerte colores cambiantes :
púrpuras reales y absurdos diamantes
y hasta el enfermo rosal de Afrodita
mienten las amplias caderas colgantes !

Quiero entonar una oda maldita !

Príncipes sucios de facha grotesca !
Tísicas damas de boca faunesca !
Magia creada en la gloria inaudita
de una inquietante aguafuerte goyesca.

Quiero entonar una oda maldita.

Víctimas, víctimas de odios procaces !
Gentes caídas en garras de audaces :
quiero loar vuestra roña erudita,
vagos insignes de uñas rapaces !

Quiero entonar una oda maldita.

Lívidos rostros con hambre insaciada,
nada en la bolsa larval de la nada.
Surco social que se seca y crepita
sin producir ; costra vil congelada !

Quiero entonar una oda maldita.

Oh las piltrafas sociales e injustas !
Grandes mujeres de carnes robustas
donde se plasma una angustia infinita,
Viejos de hundidas miradas adustas.

Quiero entonar una oda maldita.

Vibran como arpas nerviosos cordones;
Palpo el nivel de los recios tendones
que en el relieve carnal se limita.
Bajo un sollozo ancestral de perdones.

Quiero entonar una oda maldita.

Polen estéril caído en el mundo
bajo la furia de un viento infecundo.
¡Que vuestra grey milenaria repita
su eterno ciclo divino e inmundo!

Quiero entonar una oda maldita.

Troncos dantescos de selva terrible.
Arboles muertos en páramo horrible,
sobre vosotros ha siglos va escrita
muda harmonia de un canto ilegible.

Quiero entonar una oda maldita.

Nadie detiene su vista en vosotros
ni se conturban al veros los otros.
— Oh, la fatal maldición que os habita!
¿De ella seremos culpables nosotros?

Quiero entonar una oda maldita.

Quiero ensalzar vuestro peplun morado.

Quiero cantar vuestro ritmo ignorado.

Quiero grabar mi fraterna visita
en el broquel de mi verso sagrado,

Voy a finir esta oda maldita!

COLOQUIO MEMORABLE CON UN CUERVO

... un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.

Poe.

I

Pliega — oh cuervo — tus alas y responde
al interrogatorio de mi labio.

Cuervo ancestral, cuya cabeza esconde
quietud proconsular y gesto sabio.

Tú, que eres familiar de tantas cosas,
háblame de los líricos instantes
de felices o trágicas amantes.

Simboliza sus vidas tormentosas
con gemas y artimañas, o con rosas
y piedras, o con aves y diamantes. . .

Dime la ciencia vasta que descuella,
oh cuervo, oh cuervo insigne y taciturno,
bajo tu calva en donde imprime huella,
ha siglos, la sandalia de Saturno.

COLOQUIO MEMORABLE CON UN CUERVO

... un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.

Poe.

I

Pliega — oh cuervo — tus alas y responde
al interrogatorio de mi labio.

Cuervo ancestral, cuya cabeza esconde
quietud proconsular y gesto sabio.

Tú, que eres familiar de tantas cosas,

háblame de los líricos instantes

de felices o trágicas amantes.

Simboliza sus vidas tormentosas

con gemas y artimañas, o con rosas

y piedras, o con aves y diamantes. . .

Dime la ciencia vasta que descuella,

oh cuervo, oh cuervo insigne y taciturno,

bajo tu calva en donde imprime huella,

ha siglos, la sandalia de Saturno.

II

— Dime ¿ en la línea ebúrnea de los senos
qué notó Menelao, cuando Helena
lo embriagaba con néctares amenos ?

— Una salena.

— Y Danae, la hermética ¿ qué vió
florecer en su cuerpo agonizante
cuando la lluvia de oro terminó ?

— Un diamante.

— ¿ Y Leda, al contemplar su muslo intacto
cuando cesara el cisne proteiforme
su olímpico y espléndido contacto ?

— Un ópalo enorme.

— ¿ Y Sapho al levantar en los rituales
la mano alabastrina y luminosa,
qué deshojó en sus dedos musicales ?

— Una rosa.

— ¿ Qué dejaba la ninfa en la llanura
cuando sentía la atracción experta
de la garra de Pan, sacra e impura ?

— Una granada abierta.

—Y Ulises al volver hacia su esposa
¿qué percibió en el impoluto manto
de Penélope, astuta y hacendosa?

—Una flor de acantho.

—Dime ¿qué abandonó la Sulamita
cuando su cuerpo límpido y gallardo
dió a Salomón en la nocturna cita?

—Un nardo.

—¿Y Judhit, al marcharse de la tienda
de Holophernes, indemne el virginal
tesoro, según narra la leyenda?

—Un puñal.

—Y Ruth, la viuda que espigó en el pecho
de Booz, el sembrador de trigo, como
en su campo ¿qué aroma halló en su lecho?

—Mirra y cinamomo.

—Y después que Jesús la perdonara
¿qué notó entre su veste Magdalena
cabe su carne ruborosa y clara?

—Una azucena.

—Y Cleopatra en el lecho soberano
al aguzar extática el fastidio.

de la carne ¿apresó algo entre su mano?

— Sí. Un ofidio.

— ¿Qué fué lo que cayó del cuerpo sacro
de Krysys, cuando pudo poseerla
Demetrios en el triste simulacro?

— Una perla.

— Mesalina, esa adelfa del triclinio
¿qué aprisionó sobre su ardor pagano
con las sádicas uñas de aluminio?

— Un gusano.

— Y cuando Hypatia se entregó al martirio
¿qué vió la plebe atónita y perpleja
volar de entre sus labios en delirio?

— Una abeja.

— Salomé, la insaciable y fatalista
— ¿qué aspiró con satánica fruición
al besar las melenas del Bautista?

— Olor a león.

— Y Angélica en sus horas esplendentes
cuando Medoro, como a una arpa eolia
la pulsaba ¿dió algo entre sus dientes?

— Sí. Una magnolia.

— Y Francesca al pensar en Malatesta,
¿qué vió agitarse entre el divino aroma
del corazón en amorosa fiesta?

— Una paloma.

— ¿Qué aprisionó junto a su carne pura,
cuando Fausto acechaba en el jardín,
Margarita en sus noches de ventura?

— Un jazmin.

— ¿Qué abandonó en el lino de sus velos,
Desdémona, al besar al Afri—
cano de las conquistas y los celos?

— Un rubí.

— ¿Qué era lo que entregaba Melisenda
al ir en plena angustia de martirio
al lecho de Golaud, como una ofrenda?

— Un lirio.

— Cuando abría la púber castellana
su dormitorio hacia el nocturno piélagos
¿qué entraba con Don Juan por la ventana?

— Un murciélago.

— Cuando Mireya recordó a su amante
al morir fulminada lejos de él,

¿qué gustó entre su boca vacilante ?

— Miel.

¿Qué vió en los labios de Tristán, Iseo
cuando imprimió sobre su boca árida
un beso de estupor y de deseo ?

— Cantárida.

— Y Jorge Sand, ¿qué le entregó a su amado
Alfredo de Musset, tras la fatiga
de su vénéta historia de pecado ?

— Una ortiga.

III

Por último :

—¿Quién fué el verdugo del efebo Edgardo ?

¿Quién su tormento último avivó ?

¿Quién puso entre su senda, espina y cardo ?

— Yo.

Y hacia la plúmbea soledad abierta
se elevó el cuervo insigne y faciturno,
que con su gran sabiduría experta
deshilvana la rueca de Saturno !

LA IDEALIDAD EN LA DANZA

A *Angel Falco.*

ISADORA DUNCAN

Dans le fronton d'un temple antique.

Gauffer.

Mármol, perenne mármol, tibio mármol
oloroso a los mirtos seculares
de Arcadia y a las pródigas campiñas
de Athenas, mármol regio, mármol vivo.

Bajo la blanca túnica apolínea
te mueves, mármol sonrosado y virgen
y nos colocas en la clara senda,
circundada de olivos y laureles,
que conduce al dominio de los Dioses.

Las nuevas muchedumbres han hallado
ya la ruta de Paros — oh Leconte! —
siguiendo la sandalia victoriosa
de Isadora. Y extáticos caminan
detrás del paso airoso de la Venus,

los portaliras de las danzas órficas,
los que dan plena eternidad al bloque,
los soñadores de la gaya ciencia,
los fanáticos ciegos de la forma,
los neófitos del canto y de la euritmia,
los devotos del rito dionisiaco.
y las almas selectas que vislumbran
en las gasas volubles de la diosa,
entre un vuelo de tórtolas cordiales,
repetirse el milagro de Citheres !

Y más felices que el divino aldeano
que transformó el concepto de lo bello
en la escultura universal, alzando
de entre un inculto campo de labranza
a la Venus de Milo, hoy descubrimos
la eximia Dea de los castos miembros
sobre el tumulto de las grandes urbes.
Y le ofrendamos rimas de diamante
a la seleccionada por Apolo,
a la sacerdotisa de la danza,
intuitiva en el gesto y en el símbolo,
juvenil en los diestros ademanes,
alígera en los muslos pentelianos
como aérea en los hombros ascendentes,
sencilla en la expresión del movimiento
que nos transporta al Citherón magnífico,
alada, como alada es la Victoria

de Samotracia y grácil como es grácil
la Oréade del bosque de Thesalia.

Su cuello es lo primero que conturba
en medio del prodigio de sus líneas.
Columna rosa, esbelta que sostiene
un mentón cincelado y marfilino,
es la *turris eburnea* de los psalmos,
ornada con las rosas de Anacreonte
y con el nácar pálido de Flora.
Cuando contrae la danzarina el cuello
en la delectación del sincronismo
de sus nervios, adquiere fuerza mítica!
Y los dos mastoideos divergentes
se alzan hacia la nuca, como brazos
minúsculos de niño, que ofrecieran
una oblación a Zeus, insuperada!

Isadora se acerca con las manos
extendidas en gesto de inocencia.
Reviven los exámetros de oro
a su paso y conmueven los frisos
del Parthenon, para engarzar su cuerpo
en medio de los cuerpos inmortales;
y cuando danza surge la edad lírica
en que la creencia humana, sin un pliegue
de maldad, escribía las leyendas
de blondos semidioses y escuchaba

las músicas de Orfeo, entre el concierto
de las cigarras áuricas de Hesiodo !

Vienen hacia sus labios las abejas
del Helicón, buscando la flor doble
que perfuma y encanta al entreabrirse,
y detienen las alas serenísimas,
las águilas de Júpiter, atónitas
ante el misterio enorme de los ritmos,

Su cuerpo tuvo escudo en la pupila
fuerte de las deidades, y los ópalos
ruborosos de Diana Cazadora
resplandecen en él. Nos trae un culto
milenario en su plástica armonía,
y rememora todo lo admirable
de las pinturas del Renacimiento,
y es lácteo como el cuerpo de los niños,
e ingenuo como el cuerpo aún no tocado,
de la doncella impúber que Afrodita
no ha querido adiestrar para los goces
y los dolores del ritual eterno !

Surge, cabe famosos cortinajes
como una visión que se ha escapado
de algún bajo - relieve y en la rítmica
danza que inicia en lúcida apoteosis,

presta la carne unánime obediencia
a la Idea y le rinde vasallaje.

Renovadora de las artes, une
con la atracción de la belleza suma,
lo que contiene el ser de revelado
y lo que esconde el alma de misterio
y levanta en lo alto de su frente
la sibilina lámpara de Psyquis.

Ya fluye de su marcha el entusiasmo
que floreció en las fiestas de vendimia,
cuando la gestación de la Tragedia
en el ciclo solar de Baco Heroico.
Cuando Ella avanza unguida por los pámpanos,
óyense las cadencias de los himnos,
y dijérase entonces que la sigue
la briosa procesión de los efebos,
de largos rizos y actitudes ágiles,
que escancian entre víctores alegres
la voluptuosidad del vino rojo
y ofrecen en sus bocas lujuriantes
la opulencia cordial de los racimos.
Ya sutiliza la corpórea esencia
y es blanquísima forma de alabastro
que atrae, que domina y que sugiere:
¡quédase inmóvil y sus ojos fingen
la ceguera inmortal de las estatuas

que evocan en el pórtico del templo
la dorada grandeza del Olimpo !

Ya se incorpora y alza las pupilas
en actitud renunciatrix, y mueve
hacia el azul el velo que la cubre
y que al subir hasta los tersos hombros,
transforma las escápulas en alas.

O permanece adormecida e inerme
y poco a poco sale de su sueño,
y se agita de angustia y se contrae
de dolor, cual si fuera una intangible
divinidad robada del Émpíreo,
bajo un sueño profundo, y bruscamente
despertada entre el lodo de la tierra.

Hoy, más felices que el divino aldeano
que descubrió en un campo de labranza
a Venus, la de Milo, poseemos
la Venus de la carne y del espíritu ;
vívida, escultural, conquistadora
sacerdotisa de neo-helenas danzas,
que da aliento a la lámpara de Psyquis,
y cuyo cuerpo, en medio de la duda
tentacular que oprime los cerebros
es mármol, dócil mármol, tibio mármol !

Los Vasos del Milagro

A la que vive en mí.

. . . Y de la isla ignorada de un
corazón vino a mí no sé qué súbito
aliento cálido de primavera . . .

RABINDRANATH TAGORE. —
El Jardinero. — XXII.

LOS IGNORADOS

Entró el obrero en la profunda mina
y tras labor constante y sobrehumana,
trajo para las novias del mañana
piedras de sacra estirpe diamantina.

En la feral concavidad marina
se hundió el esclavo y de la mar arcana,
la perla alzó, cuya atracción pagana
pondrá en futura amante, luz divina,

Yo arranco gemas de mi propio abismo
y versos, de la entraña de mí mismo —
Pero nunca he de ver, cuando encendidas

de amor, invoquen con ardiente afán,
mis gemas, las futuras prometidas ;
mis versos, las amadas que vendrán . . .

II

INMORTAL

En tu esplendor extraño flotan claras
refulgencias y luces de metales,
las gemas de las mitras imperiales
y las piedras preciosos de las tiaras.

Con tus flotantes túnicas preclaras
y con tus pompas diáfanas y astrales,
subirás a las cumbres inmortales
sobre mis rimas áuricas y raras.

Te elevarás a las más altas cimas
con un impulso lírico eviterno,
Y cuando triunfe tu esplendor extraño

sobre la escalinata de mis rimas
en tu marcha ascendente hacia lo eterno,
será mi corazón, primer peldaño!

III

NOCTURNO

En los grandes espejos biselados
de nuestra alcoba señorial, se aprieta
una atracción sumisa de agua quieta
y un sopor de silencios asombrados.

Recorro con los iris dilatados
el terciopelo de la sombra neta:
y me levanto y con la mano inquieta
busco el gran ventanal por todos lados.

Lo entreabro y me asomo a los nocturnos
follajes de los huertos faciturnos.
Y suben hacia mí, como un tesoro

de luctuosos recuerdos familiares,
un aroma sutil de acacia de oro,
y un perfume de mirtos seculares.

IV

PEGASO

Hoy he visto a Pegaso en el divino
silencio insomne de la noche. Errante
marchaba con galope resonante
entre el fulgor del zodiacal camino.

Por una coincidencia del destino,
paró en mi senda el mito hierofante:
traía duros cascos de diamante
y un reflejo en los ojos, sibilino.

En la seda litúrgica del viento
irguió sus formas nobles y supremas.
La curva etérea resonó a su lado

cuando volvió a su raudo movimiento
y astros, se desprendieron como gemas
de las crines del corcel alado.

V

PASEO NOCTURNO EN MELO

A lua enorme, a lua argentea, a lua calma.

Guerra Junqueiro.

He vuelto por la senda larga y recta
de mi pueblo. La noche me circunda
y la tierra dinámica y fecunda
ofrece a Pan su desnudez perfecta.

Plenilunio. Mi sombra se proyecta
sobre los viejos muros, y se inunda
mi carne dolorosa en la profunda
abstracción de mi calle predilecta.

La eternidad entre las sombras late.
El cuerpo pide al alma que desate
su inquietud en el campo unicoloro.

Sugiere el aire blandos terciopelos,
y la luna conduce por los cielos
hacia Occidente, su rebaño de oro.

VI

PASAJE BÍBLICO

El sol caía a plomo en la lejana
desolación perenne de las eras.
Yo seguí por mi ruta de quimeras
en la brutal fiereza rusticana.

Y al encontrar mi angustia sobrehumana,
dos cisternas, circuidas de palmeras,
con resonancia azul de primaveras
oí la voz de la Samaritana.

— Oh, ven! Acalma, peregrino triste,
la ardiente sed! — Y entre la flama diurna
floreciendo en litúrgicos sonrojos.

Samaritana del amor, me diste
el agua subterránea y taciturna
de las hondas cisternas de tus ojos.

VII

MUTILACIÓN SALVAJE

Una noche del doliente Octubre
del tiempo inmemorial entre las brumas.

Poe. — Ulalume.

Acentúa su filo amenazante
la luna nueva. Los pamperos gimen
y las brujas hieráticas del crimen
galopan en la sombra alucinante.

Va Sagitario indómito y piafante
por la ruta del cielo. Se comprimen
a su paso las nébulas y exprimen
luces de su ontológico diamante.

En el jardín de Eros, se dilata
la pupila, cuajada en un interno
fulgor latente de ilusiones bellas.

Y con su alfanje de bruñida plata,
corta la luna trágica de invierno
cabelleras aurificas de estrellas

VIII

EL CÁLIZ

Oh, ven a mi taller, donde una a una
voy engarzando piedras seculares ;
turquesas y esmeraldas, en collares
donde tu amor con mi buril se aduna.

Todo engasto con mágica fortuna :
los rubíes, que alejan los pesares,
la amatista, que triunfa en los altares
y la débil y astral piedra de luna.

— Oh, ven a eternizarte en mi tesoro !
Te nimbaré en mi resplandor interno
y en amplio esfuerzo de mi ciencia rara,

modelaré en tu seno el cáliz de oro,
en que hemos de beber el vino eterno
cuando entregues tu cuerpo, junto al ara.

IX

PROFANACIÓN

Mujer de duros ojos! — Destinaste
al Profeta la vida y la fortuna.
Me dominó tu palidez de luna
cuando a mi harem suntuoso renunciaste.

Surgías en mi ser, como un engaste
de rubíes en bronce. Y una a una,
logró humillar mi obsecación moruna
las cárceles en donde te ocultaste.

Oh, ya había besado el dátíl tierno
de tu seno, y las mirras de su aroma.
Pero tembló de horror mi vida entera,

pues al ir a iniciar el rito eterno,
el aurífico alfanje de Mahoma
fulguró en tus pupilas de pantera.

X

LA GESTACION

Sculpe, lime, cisèle

Gautier.

Haz que vibre en el cofre diamantino
tu cincel, con olímpica elegancia.
Perpetúa en metálica sustancia
la eterna forma de un perfil latino.

Persevera en la obra, con divino
gesto, y cuando te agobie la constancia,
alza la mano de marfil, y escancia
en cincelado vaso, regio vino.

Libre del vulgo necio que te ignora,
maneja tu buril, hora tras hora.
Y ennoblece la lírica presea

con heráldicas silabas de oro,
que anuncien en el ámbito sonoro
la aparición triunfante de la Idea !

XI

EL ARTÍFICE

Labra tu vaso lentamente e imprime
sobre su grácil línea, tus cinceles,
y alegres mirtos y óptimos laureles
fija en sus curvas con fervor sublime.

Si en busca de la eterna forma gime
y naufraga tu afán, no te rebeles:
y recoge los vinos y las mieles
que tu cansado corazón exprime.

Cuando des término a tu obra, acaso
oigas del vulgo el estupor sonoro.
Nunca, jamás has de seguir sus huellas.

Levanta al cielo tu bruñido vaso
para que caiga en su interior el oro
líquido, que derraman las estrellas.

XII

LA VUELTA DEL DIOS

O noblesse ! ô beauté simple et vraie !

Renán.

Otoño. La mirada se fatiga.
por la gris carretera solitaria
y en el bochorno de la cuenca agraria
el labio sueña en una fuente amiga.

Aun el sol a los árboles castiga
y alzan copiosa madurez suntuaria,
en los campos, la viña centenaria
y en los maizales la robusta espiga.

En la opulencia real de los alcores,
pasan, con testa al sol, vendimiadores.
Escúchanse los sones indecisos

del amor y en la pompa rusticana,
surge triunfal como en la edad pagana,
entre rosas y pámpanos, Dionisos.

XIII

LA CONQUISTA

Fué en Grecia. Resonaba la alegría
de la flauta de Pan sobre la loma,
y la opulencia indemne de la poma
en los lozanos huertos relucía.

El rumor de los pífanos se oía
y el dulce romeral daba su aroma.
Tu adolescencia débil de paloma
en mi ilusión de ésebo florecía.

Tu peplum me entreabriste, vacilante.
Se inflamaron mi carne y la floresta
cuando entre sedas descendió tu ropa.

Y en rauda impulso te robé triunfante,
como el toro inmortal que alzó en su testa
la desnudez olímpica de Europa!

XIV

LAS OJERAS DE ESTELLA

Nunca he visto una gema semejante
al reflejo que nimba tu mirada;
ni en el cofre inmortal de la alborada,
ni en astros de zafiro o de diamante.

Yo quiero aprisionar la fascinante
piedra que da a tus ojos, luz violada.
Quiero poseer la fuente inmaculada
que prolonga esa luz en tu semblante,

Y si mis manos trémulas de artista,
aprisionan tu cuerpo luminoso,
trataré de robarte, aunque no quieras,

la episcopal y mórbida amatista,
cuyo antiguo reflejo misterioso
se prolonga en tus húmedas ojeras . . .

XV

LOS TRIUNFADORES

Aíslate de todos, y un palacio
levanta en tu silencio de diamante.
Serás el sacerdote hierofante
de un culto a toda pequeñez reacio.

Esgrime tu buril y en el espacio
haz vibrar el metal con fe de atlante,
y graba el bello rostro de la amante
en camafeos de inmortal topacio.

Elevará en las justas del futuro,
tu desdeñosa frente lauro puro.
Y en triunfo real contra el destino adverso.

serás sobre la gaya eterna cima,
un Benvenuto innovador del verso,
o un Borgia formidable de la rima.

XVI

EL EXTRAÑO

No intentes descifrar porque me rigen
ideas tan provistas de falacia.
No interrogues la fuerza de mi audacia
ni por donde mis pasos se dirigen.

Cuando tus ojos, ávidos se fijen
en mí, para sondear mi aristocracia,
caerá sobre mi estirpe la desgracia
y para siempre tornaré a mi origen.

—Oh, Lohengrín, clamarás! —Llaman los bronces
del heraldo! ¿En qué río milagroso
y azul acude tu figura excelsa?

¡Quién sabe, Amada, si tendrás entonces.
el cisne que conduzca a tu héroe hermoso
y te salve la vida, como a Elsa!

XVII

EL VENCEDOR

El escudo bronceo y reluciente
y el casco orthosolar iba agitando.
Un rojo resplandor dejó flotando
en su férrea armadura, el sol naciente.

El vencedor detúvose vehemente
al pie de su castillo y levantando
los ojos, fué dichoso contemplando
el rostro de la Amada sonriente.

Yo regresé también, lleno de brío,
en la lid triunfador, al hogar mío
soñando con tu lírica fragancia.

Pero encontré todo mi hogar, violado,
mi tesoro más íntimo robado
y sola y muda la nupcial estancia.

XVIII

DE OTRO TIEMPO

Yo no soy de estos siglos — ¡ Oh, no creas,
cuando ves que enmudezco en un profundo
silencio de tristeza, que me inundo
en las actuales dudas gigantes!

La eclíptica solar de mis ideas
me traslada a otro tiempo más fecundo:
cuando el Renacimiento, sobre el mundo
cuatrocientista alzó luces febeas.

Vivir con Benvenuto y el Tiziano,
como un vicioso príncipe italiano,
o como un Papa, en cámaras cordiales.

Erudito en los crímenes, maestro
en las jornadas del amor, y diestro
en arte antiguo y en hundir puñales:

XIX

NOCTURNO

La melodía de las selvas, viene
bajo el silencio atónito, indecisa,
y se aroma en la orobia de la brisa
el cuerpo de la noche anadiomene.

Su inmaterial respiración contiene
la Natura, y lo mismo que Arthemisa,
con sus gérmenes muertos improvisa
su hidromiel, y a beberla se detiene.

Pone una ondulación de terciopelo
el aire, en su magnífico oriflama.
Y entre cohorte de lumíneos rastros,

el plenilunio, en el confín del cielo,
como un Duque de Buckingham, derrama
los cósmicos diamantes de los astros.

XX

ESTELLA

Color d'amore e di pietá sembianti

Dante (Soneto XX.)

Son sus brazos dos suaves derroteros
sobre lechosos nardos orientales
y sus ojos, dos ónices ducales
que se prolongan en mis ojos fieros.

En su pelo hay frescor de limoneros
y sus débiles manos musicales,
son dos dormidos lothos tropicales
colmados con rocíos de luceros.

— Color de amor! — como cantara el Dante!
Con palidez de perla, su semblante
clarifica el hervor de las miradas.

Y bajo el pelo undivago y espeso,
sus sedosas ojeras encantadas
son violetas diluídas en un beso.

XXI

TARDE DE AMOR

Muestra la tarde tónicas suntuosas
y entre perfumes árabes diluído
tu traje, sobre el campo florecido
abre al aire sus flores más pomposas.

Hay un rubor de ámbar en las cosas,
todo en cantos de amor está adormido
y en el agro, fecundo como un nido,
la voz de la campana huele a rosas.

Vienes hacia mis sueños y tu brazo
me alucina en la magia del abrazo.
Tu cabellera oscura y reluciente

desengarza en tu busto su atavío
y reclinada sobre el pecho mío
trasciende a luna de ópalos, tu frente.

XXII

EL CANTO DE LOS CANTOS

Quiero ser Salomón. Junto al triclinio
mis músculos serán los fuertes lazos
que al adunar tus brazos a mis brazos
rindan tu carne ebúrnea a mi dominio.

Sobre tu cuerpo un bárbaro exterminio
de rosas, se desangra. Entre aletazos
de intensidad, me atraen tus abrazos
y tus bravas pupilas de aluminio.

Te abandonas a mí, y al estrecharte
beso tu cuello de amatistas lleno
mientras el labio de ansiedad palpita,

¡Oh — Entonces tienes en tu cuerpo el Arte,
y duro el seno, como el blanco seno,
el blanco seno de la Sulamita!

XXIII

LA OBRA

La forma de mi Vaso me deslumbra.
Busco su perfección con sed tremenda,
pero tardo en hallarla: es la contienda
perenne que me atrae y que me encumbra.

Benvenuto, el gran bárbaro, me alumbr
y vivo en la atracción de su leyenda.
Su resplandor difúndese en mi senda
como un halo de plata en la penumbra.

El vaso en que yo bebo, yo lo labro.
Con pertinaz espíritu cantabro (1)
en darle perfección me reconcentro.

Cuando termine mi obra duradera,
será de oro purísimo, por fuera
y tendrá el vino de Boscán adentro.

(1) El poeta declara complacido que desciende de cántabros y de antigua familia americana.

XXIV

EL MILAGRO

Avanzaste, oh lunar sacerdotisa
de Eros, agudizando en tu semblante
la exaltación suprema del instante
sacro, con una mórbida sonrisa.

Con tu gesto ritual de pitonisa
abriste un camafeo de diamante
y descendió tu clámide ondulante
con una breve insinuación de brisa.

Auguraron los ritos saturnales
tus labios. En la púrpuras cordiales
de la alcoba, acechaban los excesos.

Mostró tu cuerpo un resplandor de ivory,
y surgiste, caldeando el dormitorio
con la lámpara roja de los besos.

XXV

MONTEVIDEO

La luz solar disuelve su oro fino
sobre la ürbe y matinal cortejo
de colores, exalta junto al viejo
murallón, en el hálito marino.

El Plata azul, destaca el cristalino
cauce, nimbado de plural reflejo ;
claro y bruñido como un gran espejo,
radioso y dúctil como el mar latino.

La mañana flamígera, trae una
potente realidad, en el profuso
resplandor de su clámide sonora.

Y en el cielo, el menguante de la luna,
es el postrer girón tenue y difuso
del velo de Isis, que rasgó la aurora.

XXVI

AUTÓCTONO

Aprisionado en la ciudad se arroba
mi corazón, y escúchase en mi entraña,
una interior polifonía huraña
que inunda los silencios de mi alcoba.

Mi juventud, domesticada loba,
aun se deleita en la ancestral hazaña,
o recuerda la vívida campaña
y el perfumado bosque de caoba.

Me siento resurgir en la leyenda
de aquella vida libre y estupenda.
Guardo en mi voz el salmo de las cimas

de América, y a impulsos augurales,
el rumor de las selvas tropicales
revive y canta en mis salvajes rimas.

XXVII

LA FE

Fuego fatuo se eleva en los ideales
que iluminan mi noche duradera,
y es una flor de cactus la quimera
que florece en mis huertos irreales.

Astros fugaces son los materiales
impulsos de mi ser; mi vida entera
se desliza esperando allá en la esfera
de mi interior, sus ópalos astrales.

Pero en mi unción teológica, me infatuo
de un orgullo ancestral, y en la escondida
noche donde levanto mi linterna,

alza fulgor tenaz mi fuego fatuo,
mi flor de cactus tiene larga vida,
dan mis astros fugaces, luz eterna!

XXVIII

CAZA CELESTE

En las nubes destácase Auxomena
sobre la fría pompa del Brumario,
mientras a ratos brilla en el sudario
del cielo azul, alguna astral falena.

Cuerno de caza en el jardín resuena
cabe el castillo gótico y suntuario,
y en las sombras, el bosque solitario
con una bruma pertinaz se llena.

Las hojas muertas, en constantes giros,
al leve impulso de los vientos siguen
hacia el confín, que de rumor se puebla.

Y huye la luna en campo de zafiros,
como garza real a quien persiguen
los raudos gerifaltes de la niebla.

XXIX

VENUS TRIUNFAL

Tú avivarás el fuego que me quema,
en tu alcoba de pórpidos paganos,
y engazarás mi alma en tus arcanos
lo mismo que un topacio en un poema.

Yo seré un incensario en la suprema
unción de los coloquios soberanos
y esplenderá mi alma entre tus manos
lo mismo que un topacio en una gema.

Me rendiré una noche, y nuestra vida
empezará a triunfar entre la nada
paradojal de la quietud nocturna.

Y oscilará mi alma suspendida
en la seda interior de tu mirada,
lo mismo que un topacio en una urna.

XXX

SUPERVIVENCIA

Dilatará sus flamas tentadoras
de nuestras fiebres, el amor carmeso
que se quema y exalta en el exceso
de las divagaciones seductoras.

Sobre las morbideces de las horas
arderá el incensario de tu beso
y en la tibieza de tu carne, preso
tendrás el resplandor de mis auroras.

Me llevarás a la región erguida
en que naufraga el ritmo de la vida.
Y al llegar a la cumbre dolorosa

donde la carne su dulzor restringe,
colocarán tus manos una rosa
entre los secos labios de la Esfinge.

XXXI

INVICTA

Yo recorrí la alcoba con vistazos
de fiebre y contemplaron mis neblies
un lúbrico derroche de alhelies,
entre un prodigio de sedosos lazos.

Fulguraba tu cuerpo en los chispazos
de vivísimas telas carmesíes,
Cogí mi alfanje de oro y de rubíes
y me acerqué confiado hacia tus brazos.

Las pieles de pantera del triclinio
cayeron en la alfombra. Mi dominio
ya era enorme en tus carnes desmayadas.

Pero erguiste tu bárbara perfidia
y en la luz tropical de tus miradas
me afrentaron dos negros de Numidia,

XXXII

NONCHALANCE

En la penumbra de la sala, miro
las ambiguas hipérboles que el humo
del cigarro indostánico que fumo,
traza en frágiles curvas de zafiro.

Con indolencia de sakir, aspiro
nardos, nardos y nardos. Me perfumo
con ungüentos los labios y consumo
letales opios y en visiones giro,

Oh recuerdos de niebla, tan lejanos !
Del ayer en las brumas indecisas
surge la novia y deja en mis entrañas,

el ópalo lechoso de sus manos,
el aroma lunar de sus sonrisas
y la seda cordial de sus pestañas.

XXXIII

EL INCENSARIO

La dulce boca que a gustar convida

Góngora.

Mi juventud naufraga . . . Oh, qué lejano
el entusiasta impulso en la potencia
creadora de mi fuerte adolescencia,
salvaje y musical como el oceano! . . .

Hoy me atraes al triclinio soberano
—oh mujer— y con lírica incoherencia,
coloco lo mejor de mi existencia
como una flor de acantho entre tu mano.

La adelfa de los besos me consume.
Y siento que mi vida se desfloca.
Y mientras que tu espíritu traspasa

mi carne, con su lírico perfume,
en el rojo incensario de tu boca
arde mi corazón como una brasa.

XXXIV

MUJER

Crees ser la Esfinge y sin embargo creo
que existe entre vosotras gran distancia.
Tu secreto, a pesar de la jactancia
de tu actitud, en mi interior poseo.

En ti frialdades de la piedra veo,
y te elevas como ella en tu arrogancia
sin expresión, sin gesto, sin fragancia,
sin dolor, sin amor y sin deseo.

Pero vuestra igualdad es inestable.
No coincidís con caracteres plenos
por más que os acerquéis en muchas cosas.

Pues si la Esfinge dura e inmutable,
tiene garras debajo de los senos,
debajo de los senos tienes rosas !

XXXV

A TRAVÉS DEL TIEMPO

Entrarás al palacio de mis gemas
ilusionada en brisas de rosales
y enaltecida en pompas imperiales
subirás al jardín de mis poemas.

Te entregaré la fe de mis emblemas
y el rumor de mis pánicos caudales.
Te ensalzarán mis versos musicales
florecentes en lágrimas supremas.

Se agotará en tus ojos soberanos
toda mi angustia absorta y uniforme.
Y tras mil años de febril acecho

tomando tu cabeza entre mis manos,
la engarzaré como una perla enorme
en el bronce apolíneo de mi pecho.

XXXVI

SANTA LABOR

Bajo el dosel crepuscular consagro
largas horas en ver los labradores,
que del día a los últimos fulgores
hienden la costra ubérrima del agro.

Grave, como surgido de un milagro
sacerdotal, hay uno que con flores
se corona, al sembrar en los alcores
desde el lomo obediente de su onagro.

Adquiere todo una expresión sagrada
de otra edad. Se adormece fecundada
la telúrica entraña de los campos.

Y allá en las casas, sobre el aire denso,
pausado eleva sus azules lampos
el humo del hogar, como un incienso. . .

XXXVII

PARÁBOLA

El agro, lleno de rumores, guarda
como un vaso litúrgico el aroma
fecundo del Estío y en la loma
la inflexible canícula acobarda.

Detiene el paso la pareja tarda
de los bueyes. Desciende una paloma
y se inclina hacia el surco en donde asoma
aúrea semilla entre la tierra parda.

El labrador se yergue sudoroso,
abre el puño y lo extiende hacia el reposo
de la llanura ardiente que abochorna.

Y la paloma aléjase inexperta,
pero en seguida del azul retorna
y pica el trigo de la mano abierta,

XXXVIII

LA CITA

Ses beaux seins soulevés faisaient deux ombres rondes
sur sa peau frémissante et claire ainsi que l'eau.

Verhaeren.

Dormías. En las curvas de tu pecho
y en la redonda línea penteliana
de tu vientre, extendiase una arcana
y singular insinuación de acecho.

Yo me acerqué temblando hacia tu lecho.
¿Me sintió tu pudor? ¡ Con voz hermana;
tu boca me invitó a una sobrehumana
y dulce muerte en un abrazo estrecho !

Ah ! Después, sobre el regio dormitorio
te aprisionaron en su red nerviosa
mis brazos, de perínclito basalto.

Con la fiereza de un esclavo dorio,
al estrechar la desnudez lechosa
de una virgen violada en un asalto !

XXXIX

LA SUMA DELECTACION

Yo rasgaré la tienda y asustadas
huirán hacia la ignota lejanía
tus tórtolas, y en roja epifanía
surgiré con mis clámides aladas.

Y ante un temblor de rosas inmoladas
desflorarán tu trágica agonía,
dos absortos eunucos de Etiopía
desde el fondo espectral de tus miradas.

En la dócil fragancia de la tienda
preludiarás tu heráldica leyenda
con voz ritualizante e infinita.

Llenaré tu triclinio con mis nardos
y agotaré los vinos de Afrodita
en tu lecho de pieles de leopardos.

XL

EL SURCO

La cósmica Via Láctea se dilata
y difunde su pompa fulgurante,
mientras la noche alza amenazante
trágico alfanje de bruñida plata.

Un deseo en nosotros se maltrata
como un carbón que quiere ser diamante
y no puede . . . Amor mío !: en ese instante
el silencio fascina, pero mata . . .

Tu labio se conmueve en un miedoso
latido de temor, cuando evidencio
la instintiva inquietud de mis pasiones.

Callamos. Y abre un surco doloroso,
el surtidor tranquilo del silencio
al gotear sobre nuestros corazones.

XLI

LOS OJOS INCONFUNDIBLES

El negro cisne de la duda pliega
sus alas en mi alma, donde abriste
la pompa de tus clámides y erguiste
las perfecciones de tu estirpe griega.

La bruma está en mi alma solariego ;
puesta llevo la túnica amatiste
y a la ciudad de Rodembach el Triste,
mi taciturno espíritu se entrega . . .

Oh, si es honda mi noche, a cuyo cielo
alzan su doloroso terciopelo
mis angustias, cual trágicas sibilas.

En las tinieblas mi dolor se pierde,
mientras se agitan en una agua verde
los cisnes negros que hay en tus pupilas.

XLII

SONETO ROMANO

Comentando un cuadro de Chasseriau

Volcaba el Tepidarium su tibieza
interior. Tu blancura luminosa
se enaltecíó con un rubor de rosa
cuando desnuda, erguiste la cabeza.

Tus senos, pregonando su riqueza
y libres de la túnica suntuosa
coronaban su cúspide lechosa
con un rubí inaudito de belleza.

Yo absorto te acechaba. Desceñiste
la cabellera de ébano y hundiste
tu indemne busto en dulce devaneo,

Y su línea escultórica y suprema,
irguió en el Tepidarium del deseo,
traslúcido fulgor, como una gema.

XLIII

CAMPO

Hoy estoy solo y agobiado en esta
llanura mía que calor desprende.
Y el hastío agigántase y extiende
como una mórbida obsesión molesta.

La flamígera pompa de la siesta
acalla los rumores. Se suspende
la vida en todo el ámbito, y enciende
su llamarada el sol en la floresta.

Se aduerme el aire trágico y quemante
en la pesada siesta de diamante.
Sobre los campos vírgenes me pierdo

y en la llanura de perfumes llena,
como una urna, para mi recuerdo
la soledad metálica resuena.

XLIV

JAZMINES MARCHITOS

(A una mujer a quien puse unos jazmines sobre las rosas del pecho y a las pocas horas, los recogí marchitos.)

Ardía el sol de Enero en los jardines
y entre la pompa del fragante llano,
puso en tu pecho mi erudita mano,
sobre tu carne rosa, unos jazmines.

Cabe el fausto solar de los confines
ardió en tu rostro bello y soberano,
ante el influjo del amor lozano
un súbito derroche de carmines,

Alzaste al horizonte del deseo,
todo tu cuerpo en amplio devaneo.
Y vimos el milagro subyugante

que reveló tu amor como un tesoro,
al transformar tu cuerpo de diamante
blancos jazmines en jazmines de oro.

El Humano Cantar

A Victor Pérez Petit.

CANTO

Cantar
cuando tu vida se inicie a germinar,

Cantar
hacia la aurora que empieza a iluminar.

Cantar
junto a las ascuas paternas de tu hogar.

Cantar
frente al camino monstruoso y secular.

Cantar
bajo las puertas del extranjero lar.

Cantar
si te domina la tristeza de amar.

Cantar
si pesimista, quieres filosofar.

Cantar
mientras tu vino fermenta en el lagar.

Cantar
cabe el misterio del inconstante mar.

Cantar
junto a los oros de tu trigo solar.

Cantar
porque tu carne ya intenta vacilar.

Cantar
la inevitable duda crepuscular. . .

Cantar
en el confuso momento de expirar.

Cantar
cuando el gusano te quiera devorar.

Criatura lamentable ; Cantar! Cantar! Cantar!

ESTÉTICA

Personal en el cántico exaltado,
y audaz en la metáfora atrevida,
dinámico en los ritmos de la vida
y único en el diamante burilado.

Multánime en el rito consagrado
a concretar la idea presentida.
Orfebre en la labor ennoblecida
por la fuerza vital que Dios me ha dado.

Pretendo ser bien mío, en la obra mía.
En la pampa solar de la poesía
desde la luz del alba hasta el ocaso,

debo domar un potro rudo y fiero,
y convertir con ímpetu altanero
su andar salvaje en armonioso paso.

Y no ser un servil palafrenero,
palafrenero de inmortal Pegaso.

INICIACIÓN

Yo traigo, para ungir tus íntimos santuarios,
junto a la llave que abre la lámpara que alumbra.
Idolos taumaturgos en áureos relicarios,
joyas en raras píxides que ilustren tu penumbra
y odres de rojos vinos en lentos dromedarios.

Abreme los cerrojos de tus templos y entrega
a mi poder, tu carne de transparencia griega.

Yo surgiré aureolado de un fulgor nunca visto,
con corona de plata, igual que un Anticristo.

O circuído de pompas como un héroe de Oriente,
con luz de inmemoriales leyendas en la frente.

Semejante al magnífico y ritual *Esperado*
de Gustavo Moreau me acercaré a tu lado.

Y entraré en la Idumea de tus miradas duras
en donde desfallecen esmeraldas oscuras.

Hacia tu carne en mármol se internará mi brío
igual que un faciturno conquistador sombrío.

En cordiales triclinios te narrará mi amor
historias de una lírica Scherazada interior.

Dominaré el prodigio que tu carne levanta
y para enaltecer tu áltisimo decoro,
como en el mito arábigo traeré, *el árbol que canta,*
el pájaro que habla y el cauce que dá oro.

Y alzaré en tu alabanza, entre humos de incensarios,
el psalmo que aletarga y la oración que encumbra.
Oh mira! Yo te ofrezco para ungir tus santuarios
junta a la llave que abre, la lámpara que alumbrá!

31 DE MAYO DE 1542

I

Los españoles
llevaron el cadáver sobre ramas
y alzándolo con gesto cuidadoso
frente a la insomne selva americana,
después de colocarle enorme peso
sepultura le dieron en las aguas,

El gran Mississipí, rugía al cielo
una canción indescifrable y bárbara.
Los españoles,
cubiertos de rasguños y de llagas,
ocultaron el cuerpo de su jefe
en el movable cauce de esmeralda,
y de rodillas en la muelle arena,
mientras lloraban,
esgrimieron al cielo como un voto
la flamígera luz de sus espadas.

Así, Hernando de Soto, el noble hidalgo
conquistador y héroe, descansaba
en una tumba grande y prodigiosa
como grande fué él siempre en sus hazañas.

II

Oh, ya quisiera yo para mi muerte,
aúricos capitanes de mi raza,
familiares del triunfo y de la gloria,
guerreros taciturnos que me alzarán
en el aire y después me dieran tumba
allá, en la Eternidad, río sin vallas . . .

RODO

Bajo el cielo de Italia solar, nos lo han robado
Venus Anadiomena o Diana Cazadora.
¿Regresará algún día por camino ignorado
conduciendo en su prosa de luz, la nueva aurora?

Oh ciudades, oh campos del Uruguay amado :
Llorad, llorad la huida de su alma sonora
y que integren las notas de un *Réquiem* dilatado
vírgenes armonías de la pampa creadora.

Oh ciudades, oh campos de la Roma Aquilina
poned rosas paganas sobre su sien divina
mientras prolonga un lírico dolor el viejo Pan.

En marcha hacia la Acrópolis se extravió en la ribera
del mar latino, alzando como oración postrera
el grito de Juliano o el himno de Renán.

RECUERDO DE RUBÉN DARÍO

Aquel día invernal, fantasmal y uniforme
veríamos al Mago. Sobre el plomo del río
destacó el transatlántico su contextura enorme :
— ¿ El Divino vendrá ? ¿ En donde está Darío ?

Sólo ví una expresión indígena y deforme
destacarse en un rostro doloroso y sin brío.
¿ Es éste el dionisiaco proteiforme
de la estrofa, el Apolo de las rimas, Dios mío ?

Unas horas más tarde, ví a aquel hombre sagrado
en medio de un certamen de bardos y de estetas.
Él rubricaba todo con un dejo cansado.

Me miró luego un rato, con pupilas inquietas,
y pasó por su frente de Beethoven aindiado
o de ídolo indígena, sus manos regordetas . . .

EL POETA

Oidme, islas, y escuchad
pueblos lejanos.

Isaías, XLVIII.

Poetas
del Continente del Sur,
perpetuadores de la grandeza precolombina ;
ha muerto
el último de los Emperadores Indígenas,
de cetro de oro purísimo
y amplia mirada sacerdotal !

Poetas indo americanos :
ha muerto en Castilla del Oro,
cuando aún podría, como el Gorgias de la parábola,
ajustar muchas rosas
en la guirnalda de su vida,
el portalira máximo
del lenguaje castellano contemporáneo !

Los cenáculos rebeldes y auguradores
de Hispano América,

lloran al pastor ideológico
que en los últimos veinte años,
polarizó
la admiración de las nuevas generaciones
y ha establecido
los vínculos espirituales,
más sólidos y perdurables,
entre los pueblos del continente Latino.

No ha habido jamás en tierras de Colón,
resonancia más dilatada,
voz más musical y suntuosa
que la de este Poeta de pura estirpe autóctona,
cuyas rimas,
han exaltado las imaginaciones ilimitadas
de los cónclaves modernos,
de los consistorios impacientes,
y cuya influencia,
congregando a los diversos pueblos sur americanos
y reuniendo a los más desorientados peregrinos,
bajo el pórtico de un templo de mármol,
ha unificado,
para siempre,
para siempre
a todos los devotos de la belleza y del ritmo
que tiene la fuerte lengua de Cervantes.

Ha muerto nuestro Poeta Continental.

Los anteriores,
Heredia, Bello, Andrade, Olmedo,
no lograron nunca en vida
pasar más allá de las fronteras
de sus países respectivos ;
aislados éstos,
desde el coloniaje nebuloso y hermético,
por las conveniencias de los conquistadores,
y más aislados aún,
en los días que sucedieron a la Independencia,
cuando los celos mutuos,
las ambiciones localistas,
de caudillejos, generales y politicastros
hicieron naufragar,
Ay! el enorme ensueño de Bolívar !

Pero apareció Darío,
trayendo de la virginidad de la selva,
y desde el misterio de los montes andinos,
las manos colmadas de rimas y de piedras preciosas,
como un hierofante del Tavantysuyo,
y los labios
conmovidos,
por una magnífica y eterna
canción,
de renovación y de esperanza !

Y durante muchos años,

de rejuvenecimiento augural,
su garra innovadora,
encauzó las aspiraciones ascendentes e inabarcables,
supo condensar la fiebre celeste de los portaliras,
y presidió,
como un Patriarca de ancestrales mitos,
el movimiento literario
más trascendental y liberador y enérgico
que se haya visto desde el Siglo de Oro,
en lengua de Castilla.

El iniciador de las nuevas épocas,
el poseedor del arte inimitable e inmortal,
hirió con sus musicalidades extrañas,
con sus combinaciones originales,
los oídos de los eruditos y estetas,
perpetuadores de la anquilosis del ritmo,
del estancamiento de las formas métricas,
de la cloroformización de las sensaciones,
y atrajo sobre sí,
como la afilada aguja de olímpico acero,
que descompone salvajes y contrarias electricidades,
el odio, el rencor, la maldad
y la befa,
de los vacuos retóricos prudentes
y de los académicos!

Pero a pesar de todo,

quedará intacto e inaccesible
su tesoro lírico,
que resucita las riquezas de Atahualpa,
que es plástico de pomposidad y de médula ;
su tesoro lírico,
facetado de refulgencias y resplandores inauditos,
como el caudal telúrico
de las tropicales montañas de Nicaragua !

Loor, oh cultores de la nueva Poesía,
loor al que extendió luz vivificadora
sobre el bronce clásico
de la lírica de las Hispanias,
caduca y entumecida
por varios siglos de decadencia terrible !

Protejan los Dioses el cuerpo,
del Anunciador
de la nueva aurora de oro y de diamante !

Protejan los Dioses, el cuerpo
del fundador en América del Sur,
de la Basílica del Gay Saber de los futuros evos,

Y que ella
sea tan grande, oh Poetas indo - americanos,
como los incásicos Templos del Sol,
como los santuarios de Yucatán,

y que se levante orgullosamente
resistiendo a todos los elementos naturales y humanos,
que impidan su florecimiento ;
y que se levante orgullosamente,
resistiendo, oh Poetas,
como no lo hicieran nunca nuestras anteriores arquitecturas,
ante el recelo de los hispanos,
hoy tan desdeñosos como otrora,
y ante el carcaj bárbaro de nuestras plebes,
aún tan ignorantes como hace cinco siglos !

EL INSTINTO

Bajo mi fuerza indómita en acecho,
ágil te erguiste en el violado lecho,
mientras clamaba tu pudor deshecho.

Junto a mi dorso escultural veía,
el tremendo estupor de la agonía
en tu mirada ruborosa y pia.

Se oyó un sollozo en el ambiente denso,
tembló tu carne con un chucho inmenso
y ante tus formas me elevé, suspenso.

Con la atracción extática de un rito,
oficiaba en tu sien el infinito.
Y ensayé, conteniendo un raudo grito,

el júbilo instintivo de la fiera,
que alza su garra elástica y ligera
sobre el miedo ancestral de la cordera.

SIMIL

Astro,
de taumatúrgico oro líquido,
que te elevas en medio de las sombras
verde - azuladas de los horizontes.

Astro,
que reverberas
frente a la negra comba de las cumbres
y sobre la abstracción de las llanuras.

Astro,
serenidad,
entre el ruido civil de las ciudades.

Àstro,
que presides
la eterna rotación de las esferas
en las calmas profundas de los trópicos.

LAUTARO

— Yo soy Lautaro. — Mi cabello lacio
es melena de león. Hoy, verme quiero
consagrado en el cónclave guerrero
que tiene a la Araucania por palacio.

Dicho esto, el joven se acercó despacio
y al sol alzando su semblante fiero,
quitó una flecha a su carcaj de acero,
tendió su arco y la lanzó al espacio.

El consejo Araucano, indiferente
al principio, asombróse de repente
al mirar hacia el piélago sonoro:

pues sacudido de estupor, veía
que aquella flecha al regresar traía
engarzado en su punta, un astro de oro.

EL AMAZONAS

Bajo el prodigio cóncavo del cielo
y entre una eternidad de primaveras,
las marañas aduérmense severas
en la feral fecundidad del suelo.

Oh Selvas fabulosas ! En su velo
esmeralda, se enredan las quimeras
del caminante y solitarias fieras,
acechan, con andar de terciopelo.

Con púrpuras gemadas, el extraño
crepúsculo, se mira en el hastío
de aquellas vastas y escondidas zonas.

Y parece que corre, como antaño,
sobre la tersa suavidad del río,
la sangre de las bravas amazonas.

LA NOCHE TRISTE DE CORTÉS

Emprende marcha el contingente extraño
bajo la noche americana. El viaje
coloca en cada rostro una salvaje
angustia pertinaz de desengaño.

Mas prosiguen . . . Escúchase el huraño
jadear de los soldados y el linaje
hidalgo, herido por feral ultraje
se esconde en mansedumbres de rebaño.

En la inmensa campaña adormecida,
la grey hispana huye entristecida
por el derrumbe de ilusiones mágicas.

Hay un grito. ¡ Y de súbito, a lo lejos
se levanta con bárbaros reflejos
el resplandor de las hogueras trágicas !

LOS CONQUISTADORES

Conquistadores del laurel más alto
de la leyenda, entraron en la tierra
pródiga y virgen, con clamor de guerra,
paso de ataque e ímpetu de asalto,

Al ver sus pompas de oro y de cobalto
y ante los gritos de *¡ Santiago y cierra
España !* — el bravo indígena se aterra
falto de fuerzas y de armas falto.

Conquistadores de brillante espada
entraron por la Atlántida ignorada
con un enorme redoblar sonoro.

Los límites del mundo dilataron
y oculto el Sol del Inca se llevaron
bajo las regias armaduras de oro.

UN HÉROE

Bajo la borda del bajel proyecta
su figura un hidalgo. En el reposo
de la expresión, un ímpetu orgulloso
marca su línea plástica y correcta.

Héroe del Greco. La nariz perfecta
luenga la barba y el andar airoso
con un dejo entre altivo y desdeñoso
hace sonar la espada predilecta.

Por momentos, sondea gravemente
el horizonte vasto e inclemente.
Y en tanto evoca bárbaros lugares

en la paz del crepúsculo marino,
un salvaje Cipango de oro fino
naufraga entre la pompa de los mares.

NÚÑEZ DE BALBOA

Con la unción alegórica de un rito
cae la tarde. Percibense a lo lejos,
la cordillera andina y sus cortejos
de montañas enormes de granito.

Lanzó un soldado un formidable grito
y alzó la mano hacia el confín, Perplejos,
miraron los hidalgos los reflejos
de un esmeralda océano infinito . . .

Bajaron por las faldas de los montes
y llenaron los nuevos horizontes
con dilatado, y fuerte clamoreo.

Balboa invocó el nombre de Castilla
y a la otra aurora en la desierta orilla,
surgió ante el mar la cruz del Galileo.

LOS FRUTOS

I

El dolor
debe entrar en tu cuerpo e infiltrarse muy hondo.
Impregnar las innúmeras redes de tus neuronas
y despertar remotas sonoridades íntimas
en las vitales arpas del fondo de tu cráneo.

Mortal :
sigue entre tu pobreza y no te entregues
al fastuoso connubio fugitivo,
deleitabile placer de gentes fáciles.
Haz revivir ocultas notas desde tu sombra,
haz germinar semillas del caudal de tus limos,
haz reflejar estrellas en tu charca interior.

Sé pobre
si pretendes crear las obras perdurables
y si aspiras bogar en los cauces del Tiempo,
afírmate y detén las ruedas del Destino.

Rebélate y sé único forjador de tu ánima
prosiguiendo en las gruesas brumas de tu miseria.

Del fondo de todo eso y nunca de otra parte,
triste mortal, del fondo de todo eso :
del dolor de los vicios, del oprobio y las llagas,
se elevará tu obra
hacia la inmensa hipérbole de los evos futuros
hacia la gloria virgen de las nuevas edades,
lo mismo,
que el árbol de la mitología escandinava,
que hundiendo sus raíces en el fondo del barro
confundía sus frutos con los astros del cielo !

EL MERCADER

A César Miranda.

Un viejo mercader ha traído de Smirna
caudal enorme y vario de arcaicas pedrerías.
En cofre de alabastro gemado de amatistas,
joyas damasquinadas con leyendas sanscritas. . .
En el bazar suntuoso, triunfan las alcatifas
más bellas de la Persia y alzan sus maravillas
tapices de Damasco y turquesas lumínicas

Largas horas me paso, mirando como brillan
los pórfidos y jaspes y las perlas bruñidas.
El viejo mercader con burlona sonrisa
me enseña su tesoro y abre ante mis pupilas
un asombro de ámbares sacros y malaquitas,
fúlgidas calcedonias, purpúreas cornalinas,
pontificales ónices y heráldicas sortijas,

Yo recorro con máximas nerviosidades íntimas,
y profundas, la tienda de aquel judío artista.
El goza ante las graves cavilaciones mías
y ríe al verme entrar con frente pensativa . . .
¡No sabes que mis ojos huyen de tus vitrinas
fabulosas y buscan los ojos de tu hija,
los ojos de tu hija, oh mercader de Smirna !

LOS RAYOS X

En el maravilloso cuarto oscuro
de uniformes paredes enlutadas
penetramos, en franca compañía
del admirable médico
cuatro o cinco estudiantes, nada más . . .

Familiarmente

se espera que conduzcan al enfermo
y el Maestro refiere alguna anécdota
con latino entusiasmo y voz amable.

Llega el enfermo

con la pupila torpe y afiebrada,
como el antiguo, al penetrar en Delfos.

Después, entre la seda de la sombra
se juntan las cabezas,
en gigantes perfiles caprichosos
frente a la vaga luz de la pantalla.

Y allí,
el cuerpo nos revela sus enigmas,
la plástica armadura de los huesos,
el ritmo cadencioso de los órganos,
las múltiples lesiones anormales,
todo bajo relieves inquietantes,
y grisáceos contornos de aguafuerte. . .

Terminado el examen
abandonamos el ritual divino,
el oficio sin pompas ni deidades,
sin pitonisas, ni oblaciones vacuas
y oímos una voz, bella y profunda,
que desde el fondo de las almas. sube :

- Ya es dócil, transparente el velo de Isis !
— Mortal : no dudes, la verdad se acerca . . .

NIRVANA

Yo no saldré jamás de tu Nirvana,
— oh Ceylán — paraíso del reposo.
Quiero huir del palacio fabuloso
y de la envidia de la grey humana.

El Budhismo tendrá en su red arcana,
todos mis pensamientos, y dichoso
viviré entre el boscaje caudaloso,
cerca de la Verdad, virgen y sana.

Yo fui hasta Europa a conocer ciudades
cumbres de estas olímpicas edades . . .
Lo que allí vió, no olvidará mi vida.

Pensé en mi oceano de ropaje zarco,
creyendo en Budha, me embarqué en seguida
y con rumbo a Ceylán partió mi barco . . .

Oh, dulce isla tropical y arcana :
yo no saldré jamás de tu Nirvana.

MEDITACIÓN

Mi frente, en los rosales de Epicuro, se inclina
sobre una clara Venus palpitante. Suspensa
está mi psiquis, bajo la indecisión inmensa
de la muerte execrable y la carne divina.

Entre dudas morales el instinto se afina
y en mi sien una nébula de hastío, se condensa.
Y el placer agudiza en mi cuerpo, su intensa
vibración subconsciente que aletarga y domina.

Oh, quién pudiera, libre de miedo e incertidumbre,
vencer la triste carne y ascender a la cumbre.
Rasgar toda esta mórbida sensualidad confusa,

y encima de la gloria medular del minuto,
triumfal, como Perseo, alzar en un tributo
a Dios, la ensangrentada testa de la Medusa !

PEREGRINACIÓN

Me he puesto a caminar entre el ropaje bruno
de la noche, por nuevo camino americano.
El vetusto bordón en que apoyo la mano
levanta un ruido isócrono, a veces importuno.

Voy mirando los astros del cielo, uno por uno,
a ver si encuentro el mío, imposible y lejano ;
y me hieren pedruscos dispersos por el llano,
duros, como los versos del gran vasco Unamuno.

Oh, ya aspiro la brisa de la pampa aborigen.
Por entre los breñales mis pasos se dirigen
al interior fecundo de la tierra natal.

Me detendré hacia el alba como quien cumple un rito,
al desflorar mis ojos el paisaje inaudito
de la opulenta y virgen selva continental.

CANCIÓN DEL JOVEN QUE NO TUVO AMOR

Virgen carne de Apolo era
mi juventud. Lumbre triunfante
de astro, de bronce o de diamante
brillaba siempre en mi cimera.

Tras la conquista verdadera
del Arte eterno, iba adelante
con la firmeza de un Atlante
enarbolando mi quimera.

No tuve amor, no tuve amores.
Frente a los dioses vencedores
calló mi labio la canción

de la Victoria conquistada,
pues vi mi juventud helada
y muerta al pie del Parthenón.

PLEGARIA

A Emilio Frugoni

¡Dulce Ernesto Renán, buen filósofo humano
que presagiaste el fin de la Belleza! ¿Acaso
presentías el próximo resucitar del bárbaro?

Dulce Ernesto Renán; actualmente la ciencia
triunfa en una salvaje apoteosis inmensa!
La ciencia hoy arma el brazo certero de la guerra.

Ha muerto para siempre el culto de lo bello.
Los sabios y políticos alzan terrible estruendo
y se borra el camino del Parthenón, desierto. . .

¡Dulce Ernesto Renán, estilista admirable,
tú tenías razón! ¡Mira las catedrales
de Francia, derrumbadas por la ciencia triunfante!

La progenie de Adán, huye de los artistas
y se divierte al ritmo de la hecatombe inicua,
La civilización se encuentra en agonía. . .

Pero los sabios roban a la materia, trágicas
herramientas de muerte, destrucción y matanza.
Los sabios, oh filósofo, exterminan la Raza!

Los guerreros encuentran antes de ir al combate,
en los laboratorios, medios para matarse.
¡No los hallan jamás en los templos del arte!

Los artistas contemplan con la mirada absorta,
de estupor, el desastre, y sin consuelo evocan
la excelsa edad de Grecia, clara y maravillosa!

Oh, cantor de bretonas ciudades sumergidas!
Si vieses hoy las urbes de Francia, las oirías
sollozar desde el fondo de tempestuosas iras!

La ciencia triunfa en todo, dulce Ernesto Renán!
La guerra hoy es su aliada en la tierra y el mar.
La ciencia que alabaste con Montesquieu y Pascal.

Vacíos los cenáculos, muertas las academias,
llevamos en los ojos una obsesión siniestra
y somos incapaces de Ideal y de Belleza!

¡Dulce Ernesto Renán, buen filósofo humano,
que adivinaste el fin de las Artes! ¿Acaso
presentías la trágica resurrección del bárbaro?

AMOR

Caronte, el gran monarca de las barbas pluviales,
con gravedad de Esfinge pacientemente rema.
Poco a poco se esfuman los ruidos fantasmales
que hace la barca al irse con la carga suprema.

Ancianos apostólicos de testas mercuriales,
vírgenes que aun desean la llama que las quema,
emperatrices pálidas con frentes espectrales
y sienes blasonadas por la imperial diadema.

Caronte, el gran monarca, proseguía impasible
su labor, cuando oyóse un chasquido terrible!
Con angustia tremenda su eco quedó flotando. . .

Y en la barca repleta de espectros sublunares,
al perderse en las aguas negras y seculares,
dos sombras torturadas aun se iban besando,

EL CARTUJO

En mis noches fecundas vibran en mi horologio monacal, las litúrgicas theorías de las Horas, mientras grabo mayúsculas de oro en mi eucologio o ensayo himnos rituales en las arpas sonoras.

Huyo de las mundanas mentiras del elogio, me repliego en mis íntimas pulsaciones creadoras, hasta que se levanta el gran martirologio de rosas inmoladas que ofician las auroras,

Lo he renunciado todo; nunca he pedido nada. Me dan la Fe y el Arte su aureola sagrada y vivo en paz completa con mis culpas de ayer.

Ay! Pero sufro siempre la angustia sempiterna, de que pueda algún día perder la vida eterna, como Fausto, en la diáfana carne de la mujer!

LAS CATEDRALES

Enhebradoras de estrellas...

Walt Whitman.

Sobre un cielo de púrpura surgen las catedrales
de mi ciudad, mostrando sus torres inmortales.
Florece el Medio-Evo en suntuosos rituales
y triunfan las magnificas bóvedas ojivales,

Condensan en sus torres todas las taumaturgias
de altas orfebrerías y eternas metalurgias.
Resucitan los coros místicas dramaturgias
y paladea el espíritu simbólicas liturgias.

Sobre un fondo de púrpura crepuscular, levantan
sus flechas y en las sombras del cielo se agigantan.
Entonces brilla más su secular tesoro.

Eternizan leyendas las naves multiformes,
petrifican edades las fachadas enormes
y polarizan astros las cúpulas de oro!

LA ESFINGE

I

Yo estaba arrodillado
a los pies de la piedra que limita,
la realidad tangible y la infinita
nébula opaca de lo inexplorado.

A mi frente en el líbico desierto
la Esfinge me envolvía en su mirada.
Yo esperé el balbuceo de la nada
con la pajiza palidez de un muerto.

Dirigí mis preguntas, pero en vano,
como los peregrinos
que a mi lado llenaban los caminos
que convergían del confín lejano.

Me quedé solo, pues todos volvieron.

Hundí mis ojos en la dura entraña
del bloque, y ella se entregó sumisa.
Los bárbaros enigmas se rompieron,
la eterna Diosa naufragó en mi hazaña
y le pude arrancar una sonrisa!

II

Desde entonces,
nunca en su rostro la ilusión se esfuma.

El viento arranca en la vencida Esfinge,
sonoridades líricas de bronces,
mientras la envuelve en una densa bruma,

Y el olvido la tiene enmascarada
con una lepra secular de hiedra.

¡Cayó mi gota y horadó la piedra!
¡Cayeron miles y no hicieron nada!

PARÁFRASIS

J'ai gardé la forme et l'essence
divine de mes amours décomposés.

Baudelaire

Aquella noche insomne del invierno lluvioso,
leímos la « *Charogne* » de Baudelaire, La mano
de la novia, crispábase en mi mano, y su hermoso
perfil palidecía como un astro lejano.

Aullaban los lebreles del pampero, En el foso
del patio se oprimía la lluvia y un cercano
péndulo de reloj, con ritmo cauteloso,
acentuaba su isócrono latido sobrehumano.

Recuerdo entonces que Ella se abandonó en el lecho
y juntando medrosa su busto con mi pecho,
como un antiguo símbolo, permaneció hierática.

Nos unió un beso helado. Y conteniendo un grito,
crujieron nuestras carnes con terror infinito,
envueltas en la sombra de una negra dalmática.

LA EMANCIPACION

Más allá de los fáciles límites habituales,
lejos de donde se hunden las sondas inexpertas,
he escuchado en mi carne los lamentos fatales
de una sombra que erguía sus alas entreabiertas.

La Dea auspiciadora de las causas ideales
sufría un cautiverio en regiones desiertas
de mi estepa interior, y en sus ojos rituales
cuajaban ya las mórbidas pupilas de las muertas.

Hoy tiemblan los antiguos enigmas interiores
y se oyen en mi espíritu resonantes clamores.
Un goce innumerable se asoma a mi deseo,

me prolonga un salvaje dolor en carne viva.
Y en el fondo del alma donde yace cautiva
ha vislumbrado Andrómeda el casco de Perseo.

EL VASO

Sube de lo más íntimo de mi ser el responso
de mis meditaciones. Desde la oculta celda
repaso mi breviario de brumas y coloco
en mis carnes un hierro de castidad enferma,
y aureolado de un férvido esperar religioso
naufrago en el silencio que en mi claustro penetra,
y enciendo mi incensario radiante de ascuas de oro.

Todos los ventanales de mi claustro coloco
abiertos hacia el diáfano ritmo de la pradera.
Mi ansiedad se dilata por soñar, y me asomo
hacia el campo, hacia el sol, que por mi cuerpo entran.
Alzo mi puño al cielo y en un vuelo gracioso,
la paloma sagrada del silencio, se acerca
a picar en mis manos la semilla de oro.

Guardado en las entrañas tengo un vaso precioso.
Lo conservo escondido y está su forma llena
del aroma infinito de mi alma.

Respondo

a las voces impuras que en la carne se elevan,
con brutales cilicios, y hoy, triste de estar solo,
para mejor gozar la atracción de mi celda
he colmado de rosas todo mi vaso de oro.

JUVENTUD !

Saturno deslizaba en su reloj la arena
teológica. En la alcoba confidente y serena,
triunfó el nardo lascivo de tu carne morena
sobre la muda incógnita de la angustia terrena.

Olia a mirra toda la cámara. Las rosas
de tu carne se abrieron y flotaba en las cosas
esa luz mortecina de las lunas lechosas,
con que ungian sus tálamos, por la noche, las Diosas.

Juventud, juventud!... Pon en tu lira de oro
la fragante corona de mi beso sonoro
y alegre con mis nardos tu musical tesoro.

Y naufragó en tu boca mi boca lujuriente,
y en vez de un leve grano de arena, en ese instante,
Saturno en su reloj deslizaba un diamante !

A LOS NUEVOS POETAS DE ESPAÑA

Debéis, nuevos poetas dejar el viejo llano
de España y conocer nuestras selvas fragantes;
con diamantes de América aumentar los diamantes
de vuestro Siglo de Oro, venturoso y lejano,

Ved la esterilidad del erudito hispano:
va siempre por la ruta que trazara Cervantes;
Hoy hay comentadores sabihondos, como antes,
malandrines había del genio castellano.

Doctos en los infolios, firmes en el azote
brutal, van por las pétreas y trilladas campañas
con floja catadura y en mulo de escudero.

Ha siglos que comentan y estrujan al Quijote,
caminan y caminan detrás de sus hazañas
lo mismo que Carrasco, que el cura y el barbero...

Dejadlos, oh Poetas de tierras de Cervantes.
Venid a conocer nuestras selvas fragantes,

15

Renán, con la leyenda lírica de Bretaña,
dulcificó mis noches de labor ruda y áspera.
Sentado en el diván de mi escogida cámara
de estudios, he vivido horas densas y vastas,
flotando entre confusas armonías atlánticas.
Y he escuchado unas músicas que vibran en mi alma,
llenas de inmemoriales y utópicas fragancias.

Las olas y las olas del recuerdo levantan
viejas sonoridades dormidas en la caja
cerebral; Y yo escucho las notas esfumadas
a través del ensueño, del tiempo y la distancia,
que al llegar a mi espíritu adquieren fuerza extraña,
y entonces en mi cráneo vibran ocultas arpas,
con aires de arbitrarios países de nostalgias.

En mi interior se elevan volivas resonancias
póstumas, y es sonora mi contextura arcana.
Leyendas de otros siglos, cantares de otras razas,
lamentos de los trópicos, y *lieds* de Escandinavia,
ritmos del mar azul y de la estepa gris,
vibran en mis profundas neuronas sub-oceánicas,
igual que las campanas,
igual que las campanas de la ciudad de Is.

LA VOZ DEL INDIFERENTE

Doncellas que creéis en los versos fugaces
que elevan los estetas bajo vuestro balcón,
en vano romperéis mis silencios tenaces
pidiéndome que cante: ¡nadie oirá mi canción!

Pasad, oh, lapidarios de las rimas audaces,
mantas de oro y de púrpura y ojos de ensoñación.
Yo quedaré olvidado con mis dudas voraces,
cuidando un gran diamante sobre mi corazón!

¿Por qué no te consagro cantar que estoy oyendo
ha siglos en mi carne? Un bárbaro egoísmo
ha apagado los últimos ecos de mi ensoñar.

Y me hundiré en la noche sin aurora, sufriendo
la amargura infinita de llevar en mí mismo,
un gran diamante virgen que no supe tallar.

MIEDO

Tú me diste, oh, Jesús, un cáliz bien colmado
con tu esencia, y un vaso con tu sangre divina.
Y dejaste en mi altar la pompa diamantina
de un astral lampadario de oro repujado.

Yo renegué mil veces de tu ofrenda, y airado,
no oí la voz del tiempo fatal y sibilina ;
y en los rojos triclinios, su boca purpurina
sació la Magdalena ampliamente, a mi lado.

Probé todos los frutos del árbol de la ciencia,
que traen el Bien y el Mal ; y el gusto extraordinario
de los Siete Pecados Capitales también.

Y hoy, que sólo te entrego el cáliz sin tu esencia,
el vaso sin tu sangre, tu altar sin lampadario,
— Oh, Jesús ; tengo miedo.

— Ven a mi noche, ven...

— *Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

« MI NARDO DIÓ SU OLOR... »

Cantar de los Cantares.

I

Vino en la noche
el Amado, hasta el borde de mi lecho.

Yo dormía
con la ventana abierta hacia el barbecho
florecido de rosas.

Bajo la luna pía
y confidente, apareció el Amado,
me besó el blanco cuello
y quedó entre mi seno reclinado...

Llegaba desde lejos
el rumor de los bosques taciturnos,
y encendían sus cósmicos reflejos
los astros, en los piélagos nocturnos.

Yo besé las pupilas de mi amante,
traslúcidas y claras, con un beso
extenuante
y engarcé mi belleza con la suya
en un mórbido abrazo agonizante.

Me abrí en flor,
y en ese instante,
mi nardo dió su olor.

II

Al florecer la aurora, nos hallamos
con las pupilas torpes y pesadas
y circuidas por halos de amatistas...

Y yo ví cómo huían por los ojos
del Amado, visiones fatalistas.

Y cuando ebrios de amor nos separamos,
yo percibí en ellos,
débil como una lumbre que se apaga,
ese ópalo enfermizo que naufraga
en las dulces miradas de los gamos.

MI TRIUNFO

Gloria a tus ojos verdes, extraña pitonisa!
Vestal de los santuarios prohibidos, te adelantas
bajo un fulgor de mármoles pentelianos y encantas
toda mi estirpe helénica con tu cordial sonrisa.

— Nunca me vencerás — Regia sacerdotisa
que tienes el imperio sensual bajo tus plantas.
Nunca me vencerás! — y aún cuando agigantas
tu lujuria, naufragas en mi carne indecisa.

Yo en cambio trocaré tu símbolo y leyenda.
Como la Venus Gnidia recibirás la ofrenda
de lo bello y lo puro, y no el culto del mal

Y elevarás al cielo, desde tu eterno plinto,
dóciles y adormidas las fiebres del instinto,
damasquinada de oro la carne musical!

EL TRIRREME

Hacia mí te adelantas, Vestal de la belleza. . .
La mirra de mis besos se dilata en tu boca
y hoy me esfumo en tu vida como inviolada niebla,
y noto que a tu lado mi carne se deshoja
a tus pies, y se mustia lo mismo que una ofrenda
de un búcaro de orobias, que olvidado se agota
frente a un altar suntuoso de alguna antigua iglesia.

Vaso de oro y marfiles, fragante de leyendas,
tu corazón atrae hacia tu vida absorta,
todo el hastío mórbido y gris de mi tristeza.
Quiero engarzar la línea diáfana de tu forma
en mis versos y darles la virgen transparencia
de tu carne intocada, la curva luminosa
de tu cuello y la gloria de tu alegría helénica.

Tú me rejuveneces. Me seducen las perlas
de tus manos y el nácar de tu tez donde flotan
e imprimen su dolor inmemorial mis penas.

Mi existencia, en tu carne lentamente se agota
y se ha hundido soñando en tu rara belleza,
como un viejo trirreme coronado de rosas,
en la azul resonancia de los mares de Grecia.

LA FONTANA

Tengo una oculta fuente de alabastro. Es asilo
y remanso en mis horas de fiebre. El agua rosa
corre bajo la sombra fresca y dócil de un tilo
y coloca una pátina de ensueño en cada cosa.

La frialdad serenísima de la Venus de Milo,
refleja sobre el cauce su desnudez lechosa.
Yo me paso las horas desde mi peristilo
escuchando el cristal del agua melodiosa.

Límpidas luces, diáfanas gemas, ópalos vagos
conducen sus caudales, Los resplandores magos
y el oro de los astros flotan en su corriente.

— ¿Existe en realidad o la llevo en mí mismo?
Sólo se que en sus pompas revive el paganismo
y hoy he visto a la Venus bañándose en mi fuente.

IMPRESIÓN

Me circunda el recuerdo como la niebla opaca de las frías auroras de Noruega. Se tiñe de brumas el ambiente, en tanto que en el alma resuenan a lo lejos los extraños maitines de las meditaciones, y se escucha que cantan las enfermas novicias del deseo, y exprimen todo su misticismo bajo las tocas diáfanas.

Salgo de mi retiro hacia un huerto de acacias, junto al mar. El tramonto se cuaja de alhelies, y es un jardín colgante sobre la tarde clara. Allí florece el nardo de la carne y sonríe la adelfa de la orgía, cabe suntuosas dalhias, se enredan los rosales, y entre azaleas tristes como un lotho fantástico florece la Esperanza...

Siento sutilizarse a través de mis lágrimas
todos los pensamientos que el cerebro concibe.
Y mis penas por besos de estupor agobiadas,
sobre las soledades de la vida se extinguen
igual que esos navíos de los puertos del Asia,
que llegan perfumados de remotos países
a morirse en silencio sobre las quietas aguas.

TRÍPTICO DE WAGNER

I

ELSA

No intentes conocerme cuando mi amor prefieras,
ni averigües qué líricas montañas o praderas
me criaron. Cuida bien tu ilusión, y no quieras
conocer la Verdad, que mata a las Quimeras.

Más bello es lo ilusorio que lo real. Conocido
el objeto que encanta, el encanto ha concluído.
Mira cómo ha empuñado sus armas y se ha ido
tu Héroe al arbitrario reinado del olvido.

Y otra vez, cuando veas que te acusa el Destino
injustamente, llena del dolor más profundo,
tu voz llorosa y frágil en vano llamará...

Roto el encantamiento de tu Héroe divino,
responderá a tu llanto un silencio infecundo,
y el cisne de tu amado Lohengrin no volverá.

II

ISOLDA

¿Yo solo oigo esa melodía tan
inefable y misteriosa?...

La virgen predilecta del genio wagneriano
navega en débil barco por el libre oceano
de la mística Irlanda, para entregar su mano
—oh, gema luminosa y ebúrnea— a un rey anciano.

Tristán, su carcelero, tornóse en prisionero
de su amor. Y a su lado, el hermoso guerrero
olvidó juramentos de lealtad. Y el acero
de la justicia bárbara lo hirió inflexible y fiero.

El Héroe yace inerte, enseñando la herida,
e Isolda ve la sangre del pecho descubierta.
—Tristán, Tristán, magnífico, héroe amado y triunfal,

ven conmigo hasta el regio tálamo de la vida!—
Y al ver que no responde, cae sobre el héroe muerto
escuchando la música del amor inmortal!

III

SENTA

— «¿No visteis en la indómita bravura de los mares
al bello capitán enlutado? Desares
eternos lo conducen, y yo oigo sus cantares
potentes en los grandes silencios estelares. » —

Tal era tu canción — oh, Senta soñadora. —
Ya llegó el capitán, y detuvo su prora
frente a tu hogar. Prepárate, que se acerca la hora
de sembrar en la noche del maldito, una aurora.

Te esfumaste en el oro frágil de las baladas.
En un buque fantástico de velas encantadas
te trajo un prometido el mar, como una ofrenda.

Tú redimiste al lirico capitán enlutado,
que vivía soñando con llevarte a su lado,
y engarzarte en el trágico bronce de su leyenda.

LAS OFRENDAS

La castidad sedosa de la tarde
vuelca su velo cárdeno de ninfa,
desde los cielos al jardín umbrío
y entreabre el contacto de sus brisas.

Flotante al aire tu cabello undoso,
y apoyada tu mano entre la mía,
quiero que vengas por la ruta abierta
donde la tarde su esplendor prodiga.

En la inquietud fecunda de las selvas,
junto a tu ensueño brotará la rima,
como un fragante surtidor de oro.

Tu carne ardiente aromará la mía. . .

Me enseñarás la perla taciturna,
donde han cuajado mi tristeza ambigua
y la cambiante estirpe de mi alma
bajo la onda gris de tus pupilas.

Con actitud esbelta de cisnesa
inclinará tu cuerpo en la avenida
de los sonoros álamos,
e impulsarás mi afán, para que siga
tu leve inclinación hacia la tierra.

Y arrancaremos en la tarde límpida,
para Anacreonte flores de lujuria,
lirios morados para Bión de Smirna...

REINA DE SABA

Yo te detuve — oh Reina de Saba — junto al monte
de cedros y me dieron su amor tus ojos pardos;
mientras que en el crepúsculo mostraba el horizonte
el temblor de las plásticas sombras de los leopardos

Sabiendo que mañana nuestros cuerpos gallardos
y fuertes, estarán vadeando el Aqueronte,
escribimos con jugos de rosas y de nardos
en mi reloj interno, estrofas de Anacreonte.

Me ofrecieron tus brazos filtros anadiomenes,
Tus ojeras violáceas fueron paraselenes
de los dos plenilunios de los ojos sumisos.

Tu busto sobre el césped dominé con mi impulso
y en tus labios abiertos en éxtasis convulso
sacrifiqué las uvas moradas de Dionisos!

LA SOMBRA

El invierno pasado,
el invierno pasado, en mi cuarto de estudios, de pronto
percibí un caballero de magnífica y pálida faz

Se adelantó del fondo,
se adelantó del fondo del espejo, mostrando un orgullo
helado y desdeñoso en la testa gallarda y audaz.

Me miró largo rato,
me miró largo rato. Su pupila se hundía en mis carnes
lo mismo que una espada merovingia, con fuerza tenaz.

Desde entonces persigue
desde entonces persigue mi trayecto a través de la vida
turbando mi silencio, mi valor, mi quietud y mi paz.

Nunca jamás, me deja,
nunca, jamás me deja ni un momento tranquilo y estable
de evocaciones íntimas, o de dulce y alegre solaz.

Me atrae y me domina,
me atrae y me domina con sus ojos de acero bruñado
y me infunde pavores con su andar taciturno y audaz.

Del fondo de los siglos,
del fondo de los siglos, del caudal secular de la estirpe
parece que ha llegado a engarzarse en mi psiquis fugaz.

Debe saber el Greco
debe saber el Greco la leyenda interior de este hidalgo
que arraigó en mi existencia una gran obsesión pertinaz

pues yo vi destacarse
pues yo ví destacarse su perfil marfileño y sin brillo
entre la comitiva del entierro del Conde de Orgaz.

LA CAUTIVA

Sobre el muro de pórvido se destacan tus velos,
y en mi cámara abierta hacia el confín lejano,
relucen abalorios en blancos terciopelos,
y ópalos en el jaspe limpido de tu mano.

Tiemblas como una alondra joven que inicia vuelos.
Con la acritud soberbia de un tetrarca inhumano,
gozo ante los dolientes y enormes desconsueltos
de tu pudor vencido bajo mi amor pagano.

Tu cuerpo se levanta y huye del gineceo
y engarzas en tu clámide un raro camafeo,
para cubrir las blancas formas esculturales.

Me miras con la magia glacial de las Sibilas,
y el sol, entre las míticas aguas de tus pupilas,
disuelve sus fantásticos oros pontificales!

EL PASADO

A Elena

Una mujer de niebla se reclinó en mi brazo
ayer, entre las sombras indecisas del bosque.
Cabe un remanso de oro detuvimos el paso,
y Ella acercó su boca hasta mi labio torpe.
Y tras un gran silencio de emoción y de encanto,
contemplé nuestros labios, húmedos de temblores,
unidos en el frágil espejo del remanso.

Inconsútil y helada, se enjoyó de topacios
los dedos, y un prestigio real trajo en su porte.
La mujer incorpórea, con un gesto hierático,
me llenó el corazón de imprecisos temores...
Yo, entonces, recordé que la ví en el pasado
mirarme, ha muchos siglos, en griegos horizontes
o cerca de la esfinge del desierto africano.

— ¿Dónde he visto tu extraña silueta? — he preguntado. —
Los dos hemos vivido juntos en los ardores
de algún propicio y dócil gineceo de nardos. —
... Tal vez Alejandría hizo adornar sus torres
por nosotros... ¿Recuerdas?

— ¡Oh, sí, mi dulce amado;
¡Fuí Cleopatra; y tú fuiste quien naufragó en mi corte,
dejando por mis besos todo el Imperio a Octavio!

MIGUEL DE UNAMUNO

La recia envergadura de este vasco estupendo
del fondo más remoto de nuestra estirpe arranca.
Tiene un ritmo salvaje y un resplandor tremendo
en su prosa robusta, paradójal y franca.

En la Universidad que dejó floreciendo,
detrás de él va Fray Luis como una sombra blanca.
Y murmuran los siglos: mientras siga escribiendo,
será siempre Unamuno, Rector de Salamanca.

Desde Montevideo, ciudad cosmopolita,
he seguido la hipérbole de su prosa inaudita.
Como escribo poesías, me es simpático el mote

de agorero que tiene. Y a veces lo imagino
rudamente forjado con el barro divino
de aquel otro Miguel, hijo de Don Quijote.

A D. RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Bardo de fuertes rimas que seguís tras los pasos
de aquella España que era pompa y ejecución.
Y habéis puesto la esencia de espirituales vasos
en la más honda urdimbre de nuestro Corazón.

América es la cuna de inmortales Pegasos,
y aquí llega a la máxima cumbre de perfección,
el Artífice Sumo de auroras y de ocasos.
Venga Vd. a estas tierras, ilustre D. Ramón.

Señor del verso noble, cerebral y castizo:
Libres del académico, del golfo y del torero,
guardamos la magnífica energía ancestral.

Sabed que el vino nuevo de estas comarcas hizo
revivir viejos vinos, y que el Celeste Arquero
hoy forja flechas de oro en el Ande inmortal.

EL GRITO

Era allá en Melo,
ciudad de coloniales casas
en medio de la pánica llanura interminable
y cerca del Brasil.

Yo gozaba la gran revelación
de la Naturaleza.
en la amplitud de mi niñez bravía
y en el caudal robusto de mi sangre.

Si. Allá en Melo,
ciudad con casas de tipo español
con grandes patios,
en cuyo centro
los aljibes se abren, circulares y sonoros.

Yo era niño y solía
gritar junto al brocal de algún aljibe
sin temor, inclinándome,
hasta ver flotar mi imagen
en las aguas especulares,
para escuchar así, maravillado
la música primitiva de los ecos.

A cada grito
con fidelidad sorprendente
el eco melodioso y misterioso
me respondía desde el agua,
desde la penumbra,
tal vez desde más lejos, inspirándome inquietud,

¡Cuántas incomprensibles armonías
en el arcano del eco, siempre fiel!

II

Hoy he aprendido
que oculto en mi espíritu cisternas que responden
a mis gritos supremos,
con ecos, ya gigantes, ya confusos
o ya exactos y simples.

Y soy feliz,
— oh, más que en los días de Melo
la ciudad de tipo castellano,
al oír, lleno de ansiedad,
como responde el eco de la sima interior
al grito que no puedo reprimir
y se escapa, gigante, de mis labios!

Incomparable éxtasis,
respuesta del más allá de la carne,
cuyo secreto no adivino
y cuya finalidad no vislumbro!

He de vivir así oyéndome,
extasiado con el clamor de mis internas simas,
y tal vez obtenga de ese modo
en mi ser la solución de los enigmas eternos.

Pero . . .
hoy pienso que tal vez pueda agotarse
ese obediente cántico del ánima . . .

Dios mío, no es posible!

Y sin embargo,
¿y si mañana cuando grite el verdadero
e irremediable grito, decisivo y fatal,
no responde la música del eco?

A MARGARITA

Lo mismo que el filósofo alemán, Margarita
yo te he visto en las horas de mi meditación.
De tus catorce años la música inaudita
he guardado en las densas brumas del corazón.

No me comprendes. Fuiste sin deseo a la cita
de mi amor, despojando de rosas tu ilusión.
Y te has quedado seria con mi alma erudita,
y cerraste el castillo de tu imaginación,

— La vida es mala — has dicho con la sabiduría
que el instinto te ofrece. Mañana, poco a poco
te afirmarás en ello, con los años, mujer. . .

No me comprendes. Cuando pueda decirte : mía,
yo, más infortunado que Fausto, el pobre loco,
tal vez no tenga entonces alma para vender.

LOS CONQUISTADORES DEL URUGUAY

Surgen los grandes héroes! Solís, resplandeciente
la armadura argentada, se acerca afirmativo.
Pasa Diego García, con el mirar altivo,
y Pedro de Mendoza conduce hidalga gente.

Viene Garay con gesto que abarca el Continente,
y síguenlo Álvar Núñez e Irala el agresivo,
Bernardo de Guzmán, con la rama de olivo,
y Pedro de Ceballos, con la espada inclemente.

Pasan los grandes héroes! En los ojos guerreros
y entre los toledanos puños de sus aceros,
aun flota un formidable resplandor escarlata.

Don Bruno de Zabala toma puesto adelante
y es el que abre la marcha al redoblar gigante
de los conquistadores del Río de la Plata!

LOS CHARRÚAS

Cierta mañana, cuando despertaba la aurora,
notaron los charrúas, hacia Oriente, en el río,
unas naves fantásticas de orgulloso atavío,
estandartes con cruces e inaccesible prora.

Entonces, convocaron con voz agria y sonora,
a las plebes autóctonas, ebrias de poderío,
y trajeron del bosque, el impulso bravío,
la envenenada piedra, la flecha voladora.

Una nube de dardos hacia la luz lejana
partió, contra los ágiles bajeles deslumbrantes.
Y pelearon la indígena tribu y el español.

Ah, pero fué vencida la gente americana!
Los barcos avanzaron entre nimbos brillantes,
como si respondieran con las flechas del sol!

EVANGELIO

Cultiva tu dolor, hazte suerte en la lucha,
abandona Academias y Ateneos y Torres
de Marfil, y penetra en la miseria
interior de los hombres.

Recorre los tugurios
y reparte tu pan en los mesones,
y que tu brazo se ejercite y venza
en la faena pánica de los vendimiadores.

Domínate a ti mismo. Hierde tu voluntad,
como el badajo hierde el duro bronce;
y entre la vida simple de los campos,
canta, pero que sean fecundas tus canciones!

Lleva la claridad de tu poesía
y el trigo salvador de tus perdones
hasta la misma puerta de la crápula,
hasta el arduo luchar de los galeotes,

hasta la humilde chusma mendicante,
hasta el hambre feral de los hampones,
hasta los sucios barrios industriales
y hasta el horror tremendo de las morgues!

Acompaña a la plebe
en los festines y en las rebeliones,
y verás que es un arpa,
que es un arpa monstruosa la ira de los pobres!

Intérnate en la sombra,
y a tientas y sin ver, cura y socorre!
Intérnate en la sombra y no le huyas:
aprenderás entonces,
que ninguna, ninguna de las hembras
tiene preñez más bella que la noche,
cuando engendra las auras
resplandecientes que en su seno esconde!

Cultiva tu dolor, hazte fuerte en la lucha,
abandona Academias y Ateneos y Torres
de Marfil, oh, Poeta!

Y abomina
de los bardos sociales y ramplones.

Sólo así infundirás real y potente
sonoridad al grito mudo de Laocoonte!

LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

A Mauro A. Coronel.

En la más alta empresa de la Raza, tu vuelo
tiene un símbolo. Todos los rasgos del latino
se calcan en tu esfuerzo ascendente y divino,
que dilata las múltiples vastedades del cielo.

Con tu actitud alada reflejas el anhelo
de la esperanza nuestra. El estro diamantino
del poeta te canta y te busca el marino,
y el genio te persigue con pertinaz desvelo.

En la más alta empresa de la Raza, surgiste
llena de gracia eterna. Nimbada en sol te erguiste
con vencedor impulso hacia tierras mejores.

Triunfaste entre las aguas misteriosas flotando,
y los astros de América te vieron gobernando
la insumergible proa de los conquistadores.

ADHESIÓN DE AMÉRICA A FRANCIA E ITALIA

A Julio Raúl Mendilaharsu

14 Julio 1916.

Se irguió hacia la Europa, el corazón indiano :
y en el dorso del móvil Atlante diamantino,
hubo un impulso lírico, que recorrió el arcano
suntuoso de las aguas y fué hasta el mar latino.

Somos depositarios del Porvenir humano,
y es de Atenas y Roma nuestro origen divino.
En un continental conciento americano
la vencedora estirpe confirmó su destino.

Vióse un florecimiento de energías gastadas
o una renovación de las glorias pasadas,
que arrancó de los siglos dinámico alborozo.

Se oyó un grito en la cima glacial de las edades,
el genio de la Raza revivió en las ciudades
de América, ¡y la Loba Latina aulló de gozo!

LA COLINA

De pie
y erguido hacia las nuevas luces del horizonte,
sobre esta colina esmeralda,
yo puedo arrancar de mi flauta rústica
notas olímpicas!

A lo lejos el campo natal
se abre en una perspectiva
húmeda y luminosa hacia la aurora.
Lejanos cerros bañados en oro
y los bosques de un río que se arrastra
en el fondo del valle,
embriagan mi espíritu con los pánicos
y circulantes jugos de la vida.

Hoy me siento capaz
de levantar desde mi flauta silvestre
melodías prodigiosas
rapsodias e himnos órficos,
que ascendiendo por las sendas innumerables
hacia la mansión de los viejos dioses,
provocarán en ellos,
celos furiosos,
como en la época — ay! — tan lejana de los mitos!

Sobre esta colina esmeralda
coronado de rosas y arrayanes nativos,
sonriente y audaz, me siento animado
para ilustrar mis horas con la sinfonía recóndita
de mi flauta.

Libre, así, de las asechanzas del Enigma fatal.

Con mi instrumento sonoro y primitivo
prodigaría cantos entusiastas
ante el invisible auditorio
que puebla la existencia íntima de los objetos.

Albergo la seguridad,
de atraer, como Marsias el sátiro de Frigia,
rey de las selvas, genio fluvial, maestro de Olimpo,
con mis maravillas orquestales,

celos terribles,
iras tremendas
en el orgullo de algún Dios.

Mas no tendría miedo
de verme junto al tronco de una encina
atado y desollado vivo,
para después resucitar en las leyendas,
como fundador de mitologías inmortales,
por haber provocado con mi música
celestes envidias, desde esta colina esmeralda!

TRÍPTICO AMERICANO

A Alejandro Andrade Coello

I

EL NADADOR DEL BRASIL

El ágil negro hercúleo, alzó el pecho de toro
sobre el mar y acercándose al borde del navío,
agitó con el ébano corpóreo, el atavío
multicolor y rítmico del oceano sonoro.

Blanca mano de virgen entre unánime coro
de risas, arrojóle una libra. En el frío
oleaje, hundióse el negro y apareció sombrío
mostrando entre los dientes la moneda de oro.

— Oh, si también pudiera hundir mis vacilantes
fuerzas — oh melancólico titán! — en los palacios
líquidos que conservo en mis internas simas.

Después, alzar la testa rodeada de diamantes
y con desdén olímpico mostrar a los espacios
en la boca sonriente y audaz, las áureas rimas!

II

EL HONDERO

Era aindiado y calmoso. Tenía el rostro fiero
y el tórax mal cubierto con pobre vestimenda.
Yo admiré muchas veces sus músculos de acero
y su aspecto de héroe de romance o leyenda.

Recuerdo que de niño fui amigo del hondero.
Esgrimía su arma con precisión tremenda
y arrojaba los duros guijarros del sendero
en graves simulacros de lucha y de contienda.

Hoy pienso, entre mis obras, en el hondero aquel. . .
Un brazo me asegura como una honda fiel
y sostiene la órbita de mi esfuerzo bizarro.

¡Quién sabe si al saltarme esa atracción divina,
no me hundo en la duda fatal y sibilina,
o naufrago en la inercia, lo mismo que el guijarro.

EL DOMADOR

El potro, sacudiendo las crines con bravura
dirigió la cabeza hacia el confín del cielo
y en un raudo galope mostró la contextura
plástica de los músculos y el delicado pelo.

El domador, sonriente en la faena dura
y bella, con su impulso hizo temblar el suelo.
Y volvió al breve instante de la extensa llanura
palmoteando las dóciles ancas de terciopelo.

¡Quién pudiera imitarte! Dejar las vacuidades
que fomentan las tontas gentes de las ciudades.
Adiestrar los dinámicos nervios, y espada al cinto

recorrer una inmensa pampa desconocida,
plasmear un sueño bárbaro y conquistar la vida
en el bagual salvaje y hermoso del instinto!

A LA MUERTE

He encendido una luz. Con mano cuidadosa
la guardo de los vientos. Mi existencia se enoja
con su fulgor perenne, y sus diamantes flotan
líquidos y traslúcidos en la paz de mis horas.
Cuando me falte el hálito vital que me conforta,
y antes de que mi urdimbre material se corrompa,
esgrimiendo esa luz, me arrojaré en la sombra.

Tengo una luz, oh, Muerte! Su magia es la corona
de mi frente, y su llama desde muy hondo brota.
Tengo una luz, oh, Muerte, que de mi entraña asoma
y se eleva. Mañana, cuando inviertas la copa
de mis sueños, y no halles en su fondo una gota
última de idealismo, y me ahoguen tus olas,
¡quién sabe si esa luz naufragará en tu sombra!

Muerte, divina Muerte! Recogerás mi forma
vana, cuando el misterio de la carne se rompa,
y yo inicie la huída hacia estrellas remotas.
Mañana, cuando caiga, como una ánfora rota,
mi carne en el vacío, si me arrancas la costra
impermeable que pesa en mi Psyquis absorta,
mi luz, mi luz, oh, Muerte, tal vez brille en tu sombra...

ERRATA

Página 41. — Verso cuarto, donde dice *vano* debe decir *sano*.

